

La saga de la Escuela de Idiomas

Marino Castrillón Tangarife



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

Escuela de Idiomas



La saga de la Escuela de Idiomas

Marino Castrillón Tangarife

La saga de la Escuela de Idiomas

—1949-1995—

Marino Castrillón Tangarife



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Escuela de Idiomas

La saga de la Escuela de Idiomas

© Marino Castrillón Tangarife

© Escuela de Idiomas, Universidad de Antioquia

ISBNe: 978-958-5526-89-1 (Versión electrónica)

Primera edición: octubre de 2019

Fotografías de cubierta: Archivo fotográfico - Fondo Digar y Edificio San Ignacio - Museo Universitario, Universidad de Antioquia.

Diseño y diagramación: Erledy Arana Grajales, Imprenta Universidad de Antioquia

Hecho en Colombia / Made in Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin autorización escrita de la Editorial Universidad de Antioquia

Editorial Escuela de Idiomas, Universidad de Antioquia

Teléfono: (574) 219 53 30 Telefax: (574) 219 5012

Correo electrónico: escueladeidiomas@udea.edu.co

Página web: idiomas.udea.edu.co

Apartado: 1226, Medellín, Colombia

Consejo de Escuela de Idiomas: Paula Andrea Echeverri Sucerquia, Directora. Mercedes Vallejo Gómez, Jefe Formación Académica. Diana Isabel Quinchía Ortiz, Jefe Sección de Servicios. Jaime Alonso Usma Wilches, Jefe Centro de Extensión. Édgar Picón Jácome, Coordinador de Investigaciones.

Imprenta Universidad de Antioquia

Teléfono: (574) 219 53 30. Telefax: (574) 219 50 13

Correo electrónico: imprensa@udea.edu.co

El contenido de la obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. El autor asume la responsabilidad por los derechos de autor y conexos contenidos en la obra, así como por la eventual información sensible publicada en ella.

Este libro está disponible en texto completo en la Biblioteca Digital de la Universidad de Antioquia: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Castrillón Tangarife, Marino

La saga de la Escuela de Idiomas: 1949-1995. – 1. edición. –

Medellín: Escuela de Idiomas, Universidad de Antioquia; 2019.

128 páginas.

ISBN: 978-958-5526-88-4

ISBN: 978-958-5526-89-1 (Versión electrónica)

1. Escuela de Idiomas (Universidad de Antioquia) – Historia.

2. Biografías. I. Castrillón Tangarife, Marino. II. Título.

378.1

Catalogación en publicación de la Biblioteca John Herbert Adams



In memoriam

Isaías Aguirre, Bernardo Álvarez, Javier Badillo, Roger Brew, Pamela Burke, Rosana Escobar, Marta Gallego, Ricardo Gallego, Guillermo García, Adolfo León Gómez, Plinio González, Julio Idárraga, Rafael Posada, Charles Smith, Amelia Uecheck, Óscar Zapata



Contenido

Prólogo	11
Introducción	15
La Saga de la Escuela de Idiomas	25
Preámbulo	27
La universidad insular (1949-1964)	29
El Instituto Filológico en retrospecto (1942-1950).....	35
La Facultad de Educación como predecesora (1953-1960)....	38
Los institutos nacionales como colaterales	43
<i>Adela Méndez, exploradora</i>	44
<i>John Herbert Adams, fundador</i>	45
Instituto de Estudios Generales, un intermezzo (1962-1967)....	58
La Facultad de Ciencias y Humanidades, un compromiso (1967-1990)	63
Clímax de la xenofobia y ocaso de los líderes	70
Jefes criollos: laboratorio y experimentación	74
El elemento extranjero: xenofilia en tono menor	86
<i>Viraje político: “cavernas” y “consecuentes” (1975-)</i>	91
<i>Diversificación: reforma significativa</i>	92
<i>Investigación: la cenicienta del departamento</i>	96

<i>Del profesorado: vinculaciones y “piratería”</i>	100
<i>Reformas curriculares y nuevo impulso creativo</i>	101
<i>Deportes y “coctelera de recortes”</i>	104
<i>Nuevos viajes al exterior y nuevas secretarías</i>	107
<i>Bodas de plata 1986</i>	108
<i>¡El rey ha muerto! ¡Viva la reina!</i>	110
<i>La era de los docentes de cátedra</i>	113
<i>Pinceladas finales</i>	114
<i>A guisa de anecdotario</i>	115
Una despedida	125



Prólogo

*No es lo mismo conocer la historia
que sentirse parte de ella.*

Manuela Zárate. Periodista venezolana.

La sensación de sentirme parte de la historia, de nuestra Escuela de Idiomas, la tuve al leer *La saga de la Escuela de Idiomas*, escrita por el profesor Marino Castrillón Tangarife, para escribir este prólogo. Fue algo que me conmovió, por lo que el profesor Marino y la Escuela han significado en mi vida personal y profesional. Ellos, como la misma Universidad de la cual formamos parte, están profundamente ligados a mis afectos. Por eso es bello y nostálgico volver a recorrer aquellos episodios que nos muestra la saga, desde los años sesenta del siglo pasado hasta el presente, donde el papel de la Escuela ha sido decisivo y estratégico en la transformación de la *alma mater*.

La saga hace posible recordar que, cuando en los años sesenta del siglo pasado, la U. de A. inició su transformación de ente

aislado a una organización moderna e inscrita en las corrientes intelectuales de la época, la Escuela estuvo presente como Departamento de Inglés. Este fue un modelo de departamento académico para los que se constituyeron posteriormente en la U. de A. Esta distinción apareció en el informe que John Steckein, miembro de la comisión de la Fundación Ford, presentó a solicitud del entonces rector, Jaime Sanín Echeverri, el 18 de agosto de 1962. Para esa época, fungía como director del departamento el profesor John Herbert Adams y como subdirector, el profesor Marino Castrillón. De esta manera, el Departamento de Inglés fue la génesis de la compartimentalización que propició el desarrollo de una nueva U. de A. Por tanto, nuestra dependencia fue el blanco de los ataques antiimperialistas que caracterizaron los agitados años sesenta y setenta del siglo XX, tan definitivos para el mundo y para nuestro país.

También cuenta la saga lo ocurrido en los años ochenta y la primera mitad de los noventa, cuando mediante el Acuerdo 165 del 19 de diciembre de 1990, del Consejo Superior, aquel aislado departamento constituido en 1960 se convirtió en la Escuela de Idiomas.

La saga es la historia de una dependencia que nació grande, y fue estratégica para el desarrollo de nuestra Universidad. Tiene que ver con todos los estamentos que hacen parte de esta: profesores, estudiantes, empleados, trabajadores, egresados y con la sociedad misma a la cual se extiende.

La saga narra los avatares de nuestra dependencia desde su creación en 1960. Y que ahora, es esa misma realidad transformada, que sigue siendo estratégica en todos los sitios donde se requiera su presencia, porque es y será una construcción colectiva de muchos esfuerzos, de muchos sueños que siguen visibles en el presente de la Escuela. Así, recordar o, para algunos, conocer

la historia de nuestra Escuela nos ayuda a vivir su presente y avizorar su futuro.

En su escrito serio, pero lleno de anécdotas, el profesor Casttrillón deja un espacio para la reflexión y la autocrítica sobre los acontecimientos y los personajes que nos llevaron a ser lo que somos, a visualizar aquello que se escapa y se queda en el olvido.

La saga es una invitación a conocer aquella distante creación del departamento académico como la semilla de lo que hoy es la Escuela de Idiomas, una semilla que mediante un proceso complejo fue adquiriendo dimensiones políticas, sociales y culturales que tienen ramificaciones en lo que somos y seremos, en mi vida, en la vida de otros que todavía están y la vida de quienes han tomado diferentes rumbos, pero perduran en el recuerdo. Esta saga rescata para la posteridad la memoria entrañable de quienes hemos sido parte de nuestra querida Escuela de Idiomas, de nuestra querida Universidad de Antioquia.

Édgar León Vélez Arenas
Director de la Escuela de Idiomas 1993-2001



Introducción

*Las memorias o recuerdos son intermitentes y a ratos
olvidadizos porque así precisamente es la vida.
La intermitencia del sueño nos permite sostener
los días de trabajo.*

Pablo Neruda, Confieso que he vivido

Cuando empecé a leer “La saga de la Escuela de Idiomas” me invadió la nostalgia de recordar aquellos caminos perdidos en el tiempo. Caminos que han dejado una huella imborrable en mi vida como profesor y como director de la Escuela de Idiomas. Caminos que nos recuerdan lo que significa nuestra dependencia en la vida de la Universidad.

Me conmovió, porque fue recordar mis años de adolescente en la década de los sesenta, cuando yo y el mundo que me rodeaba comenzamos a transformarnos abrupta y rápidamente. Era el hundimiento de un orden y el surgimiento de otro que exigía nuevas respuestas, que demandaba la presencia de la imaginación en el poder y la del infinito, en los viajes a Katmandú de los Beatles y

de los gringos a la luna. Por esa razón, leer lo que cuenta la saga en los años sesenta, época de la creación del Departamento de Inglés, ahora Escuela de Idiomas, es volver a vivir toda la magia y el drama vividos por el mundo, por nuestro país y por mí mismo.

La saga hace posible recordar que nuestra dependencia se convirtió en el blanco de los ataques antiimperialistas que caracterizaron los años sesenta del siglo pasado, tan definitivos para el mundo y para nuestro país por la presencia de las misiones estadounidenses en América latina, la Guerra de Vietnam, las invasiones a Cuba y República Dominicana, la presencia de los Cuerpos de Paz, el surgimiento del movimiento guerrillero, la revuelta estudiantil francesa de mayo del 68, la invasión de Checoslovaquia, la aparición de la minifalda y la píldora anticonceptiva, el asesinato de grandes líderes mundiales y tantos eventos más que nos catapultaron hacia delante sin miramientos.

Los sesenta fueron el tiempo de los jefes estadounidenses del Departamento de Inglés y del inicio de la internacionalización de su profesorado, gracias a lo cual se catalogó como el primer departamento cosmopolita de la Universidad. Esta década supuso asimismo el principio de los intercambios profesoriales con West Virginia University. Estos sesenta en los que nació el Departamento de Inglés fueron el periodo en el cual la universidad pública colombiana inició su transformación de universidad de élite a universidad de masas, el momento del desplazamiento de los conflictos estudiantiles y profesoriales a la lucha por la participación en el gobierno de la universidad. Este periodo fue también el de los jefes colombianos de nuestra Escuela, que se mantiene hasta hoy. Esos primeros jefes fueron los profesores Isaías Aguirre y Marino Castrillón.

Los setenta trajeron la modernización de la U. de A., con la apertura del llamado Instituto de Estudios Generales, que ponía la filosofía en el centro de la formación académica de las diferentes

facultades para ir derivando de esta formación a otros saberes. Esta implementación se continuó con la creación de la Facultad de Ciencias y Humanidades. Para la universidad pública, los setenta representaron la sujeción al poder ejecutivo y su incorporación a la maquinaria estatal, que le dieron un cariz tecnocrático y aparentemente neutral. Esta situación de la U. de A. en particular y de la universidad pública en general se enmarcó en la noción de la universidad de masas que se venía dando y que se hizo realidad en la masificación de 1975. Tal situación se enmarca, igualmente, en la organización de los movimientos estudiantiles y profesoraes que fueron estableciendo relaciones con sectores contrarios al poder dominante para debilitarlo y hacerse presentes en la conducción de la universidad y del mismo Estado. En esta época, la universidad pública adquirió un tinte político de izquierda, que nacía de la idea central de estar al servicio del cambio social.

En estos setenta, la saga nos trae a la memoria cómo nuestra dependencia fue importante para la Universidad con el nombramiento del profesor Isaías Aguirre como decano asociado de la Facultad de Ciencias y Humanidades. En su nueva posición, el decano encargó al profesorado la organización de la historia académica de la mayoría de los estudiantes de la facultad. El profesor Marino Castellón, sucesor del profesor Isaías Aguirre, afrontó lo que empezaron a significar los movimientos profesoral y estudiantil. Él fue el último de los jefes nombrados directamente por las instancias superiores, porque a partir de ahí el profesorado empezó a participar en la escogencia del jefe de la dependencia. Bajo estas circunstancias, el primer jefe no perteneciente al departamento fue el profesor Rubén Darío Julio. En este tiempo la dependencia se llamó Departamento de Lenguas Modernas, adscrito a la Facultad de Ciencias y Humanidades. Para este decenio, el suscrito llegó a ser profesor por horas, luego de medio tiempo y finalmente de

tiempo completo. Tuvo, igualmente, el honor de ser representante profesoral y jefe de sección.

Para los terribles ochenta, tal vez los más oscuros para quienes los vivimos, el departamento pasó a llamarse de Idiomas, ahora bajo la dirección de la Facultad de Ciencias Humanas. Este período marcó una etapa funesta y dolorosa para nuestra Universidad, nuestra ciudad, nuestro país y nuestra conciencia colectiva.

Los ochenta, conocidos como los años rojos o los años perdidos para América Latina, son los de la universidad contestataria, donde el proyecto de la universidad de masas al servicio del cambio social tuvo un retroceso. Los ochenta son el periodo donde la función política avasalló la vida académica provocando un período de postración y desinstitucionalización universitaria, de estancamiento de la producción científica, de parálisis continuas y prolongadas, de desvanecimiento de la autoridad académica, al confundirse los papeles directivos con los gremiales. Son los años de la conversión de la Universidad en actor político, los de la perversión de la política.

En los ochenta se estrenó en nuestro país la guerra sucia, que acabó con líderes sociales, políticos y ciudadanos sin ideología. Fue una guerra enarbolada por una mezcla de narcotráfico, guerrilla, paramilitarismo, el propio Estado, más corrupción, represión, enriquecimiento ilícito y violencia callejera, todo lo cual impactó a la Universidad. Esa guerra fue la manifestación de una serie de tensiones y conflictos históricos no resueltos y manejados con una combinación de represión y permisividad. Los ochenta fueron el escenario sombrío de una sociedad que marchaba hacia el caos con un estado que perdía legitimidad, con el telón de fondo de las tragedias nacionales de la destrucción del Palacio de Justicia en Bogotá y la avalancha que sepultó la ciudad de Armero. Al lado de estos recuerdos, se avivan otros acontecimientos, algunos polé-

nicos, que fueron definitivos para superar la adversidad y disipar las sombras en busca de un nuevo. Ellos fueron:

- El decreto 80 de 1980 del gobierno nacional que, aunque encontró oposición por su carácter impositivo, definió la investigación como actividad fundamental para las universidades, incorporó la formación media profesional al sistema universitario, la modalidad de ciclos en la formación superior; estableció la diferencia entre estudios de pregrado, especialización, formación avanzada y tecnológica, y modificó el gobierno de las instituciones de educación superior.
- El Acuerdo 13 de 1980 del Consejo Superior, mediante el cual se dictó el nuevo Estatuto General de la Universidad.
- El proyecto de Universidad del rector Darío Valencia, que invitaba a repensar y transformar la Universidad.
- La Comisión de Reestructuración, que planteó las estructuras de investigación, de extensión y una nueva perspectiva sobre la enseñanza de las artes, además de doce tesis doctrinarias para la puesta en funcionamiento de un nuevo ideal de universidad, centrado en el conocimiento como función pública. En este período, como en los sesenta y en los setenta, nuestra dependencia acompañó a la Universidad en la tarea de hacer de la investigación una actividad fundamental para la institución, desde la Vicerrectoría General. Tal labor la realizó el suscrito como Director de la Secretaría Operativa del Comité Central de Investigaciones de la U. de A.

La saga nos conduce, finalmente, por el primer quinquenio de los noventa del siglo pasado, cuando mediante el Acuerdo Superior 165 del 18 de diciembre de 1990 se creó la actual Escuela de Idiomas, en un periodo caracterizado por profundos cambios en la sociedad colombiana, en nuestra Universidad y en el mundo.

En los principios de los años noventa, después de los tormentosos ochenta, cuando se recrudeció la violencia en nuestro país —un periodo que aún no termina—, cuando en la universidad pública fracasó el intento de la universidad contestataria, de la universidad de masas cuya misión era ponerla al servicio del cambio social, aparecen, posiblemente, como producto de lo impensable, los rasgos de un nuevo modo de pensar, de comprender la realidad que nos desgarró. Aparece un nuevo perfil de ciudadano, de estudiante, de universidad, de sociedad, que reclaman una nueva visión de las cosas, que se sobrepone al miedo y proponen un nuevo proyecto para vivir y para educarse.

Este escenario de los noventa sentó bases fundamentales para reinterpretar lo colectivo y lo individual, que es la esencia de nuestra presencia en la realidad. Esas características son: en el ámbito mundial, la globalización y el surgimiento de un nuevo modelo de producción del conocimiento. En el país, la convocatoria a una Asamblea Nacional Constituyente, resultado de una gran movilización política y cultural, que dio lugar a la Constitución de 1991, la cual cambió profundamente la construcción y la conducción de un estado anquilosado, ajeno a la tendencia globalizadora. En el ámbito de nuestra universidad, esta retoma las fuertes bases intelectuales que se sentaron a finales de los ochenta y que tendían a la recuperación del rol de la universidad en la sociedad.

Retomando lo anterior, el rector y el equipo rectoral de 1993 propusieron un proyecto de universidad conocido como “Bases estratégicas para el desarrollo de la Universidad de Antioquia”. Este proyecto propositivo tuvo como punto central una administración flexible que permitiera: mejorar la calidad y aumentar la cobertura educativa, modernizar los currículos y la docencia de pre- y post- grado y elevar su nivel académico, incrementar de una manera sustancial la investigación y la extensión, estrechar las relaciones con la comunidad, competir con las mejores universidades

del sector público y privado y abrirse a la comunidad académica internacional. Este proyecto tenía también el propósito de ocupar el espacio dejado por el proyecto fracasado de una universidad contestataria como eje político del cambio social de los ochenta.

Desde esta década, comenzó a implementarse el proyecto de universidad propositiva, gracias al desarrollo de acciones previas que exigieron intensas gestiones internas y externas del tejido institucional de la Universidad, en los campos de: saneamiento de finanzas y mejoramiento de los estímulos, planeación, inversión y modernización administrativa, una adecuada concepción del bienestar universitario y un decidido compromiso de la comunidad de la U. de A. Se logró así poner en funcionamiento una nueva universidad, centrada en el conocimiento como función pública.

En este contexto empezó su labor la recién creada Escuela de Idiomas, bajo la batuta de un director que no pertenecía al profesorado de la dependencia, el profesor José Olimpo Suárez Molano, del Instituto de Filosofía, quien desempeñó el cargo desde agosto de 1991 hasta noviembre de 1993, cuando fue reemplazado por el profesor Édgar León Vélez Arenas, de la planta docente de la Escuela.

En los noventa y como siempre ha ocurrido, el ayer Departamento de Inglés, hoy Escuela de Idiomas, acompañó a la Universidad en la misión institucional de diseñar y llevar a la práctica la política de una lengua extranjera, con el programa de Competencia Lectora (1997) que se extendió al posgrado y a la vinculación de profesores, mediante el mecanismo del concurso público de méritos. De manera similar, la Escuela prestó servicios a la Universidad en el diseño y la realización de los programas de capacitación docente en una lengua extranjera en asocio con la Vicerrectoría de Docencia (1996) y el Programa Multilingua (1997) para que la internacionalización fuese una realidad.

Paralelo al acompañamiento de la Escuela a la Universidad en los años noventa, inician su transformación. Teniendo como referentes lo que ocurre en este periodo a nivel mundial, nacional y de la misma Universidad. De esta manera, se elaboró el Plan de Desarrollo de 1993. De acuerdo con él, se iniciaron y se concluyeron, la adecuación y la transformación de los espacios físicos (los antiguos laboratorios dieron paso a las futuras salas de cómputo); se planteó la necesidad de un laboratorio con modernas tecnologías; se convirtió la antigua sala de lectura en el corazón de la docencia, la investigación y la extensión; se revisaron y fortalecieron los programas de pregrado existentes y se crearon programas de posgrado, como la Especialización en Traducción y la Didáctica de las Lenguas Extranjeras, y además, se proyectó la creación de maestrías en ambos campos. Se contribuyó al mejoramiento de la educación básica aunando esfuerzos con la Gobernación de Antioquia, la Secretaría de Educación y Cultura Departamental, mediante la vinculación al Plan Estratégico de Medellín y el Área Metropolitana. De igual manera, se amplió la extensión con la creación de los programas radiales “Bonjour la France” y “20th Century Music Request”, transmitidos por la Emisora Cultural de la U. de A., amén de la participación en el montaje, funcionamiento y administración financiera del proyecto de enseñanza de inglés por televisión transmitido por Teleantioquia. Se crearon la revista Íkala, el Boletín Informativo, la Sección de Comunicaciones, la Coordinación de Bienestar Universitario, la Unidad de Información en Lenguas Extranjeras, los espacios culturales “Libro abierto” y el cine club “Pulp Movies”, el Centro de Extensión con sus programas (Inglés para Profesionales, para Niños y para Adolescentes); se empezó a proyectar el Centro Internacional de Idiomas y Culturas como un espacio para la capacitación y el entretenimiento de la ciudadanía; se desarrolló la página web, y se inauguraron la coordinación de los proyectos de investigación y la coordinación de los postgrados.

El acompañamiento que la Escuela le dio a la Universidad en los años noventa y la atención que le dio a su propio desarrollo, la impactó profundamente en su estructura académico-administrativa, en su financiamiento y en su planta física. Los recursos disponibles fueron superados ampliamente por los planes de desarrollo. Por tal razón, el nuevo Plan de Desarrollo 2001-2006 se pensó como punto de partida para la construcción de una nueva Escuela de Idiomas que fuese capaz de atender las demandas de una universidad y de una sociedad acordes con los tiempos.

El suscrito, en su calidad de director, debió afrontar los desafíos de los años noventa y formular el Plan de Desarrollo para una nueva Escuela en los años por venir.

Al terminar de leer “La saga de la Escuela de Idiomas”, recuerdo aquellos tiempos de esfuerzos y de luchas compartidos, aquellos obstáculos que parecían insalvables para materializar un sueño; recuerdo también la satisfacción por lo alcanzado, así fuera una brizna de lo propuesto; pero, aún más, el silencio de aquellos para quienes nada estaba bien, para quienes siempre faltaba algo. Cuando callaban era, por lo general, porque se había hecho algo que nos aseguraba un paso hacia el futuro. Lo que nunca olvidaré, es la solidaridad de mis equipos de trabajo que, con su apoyo incondicional, a veces; con su crítica constructiva, siempre, hicieron que nuestra Escuela respondiera a los compromisos que se le exigieron.

Como a todos, me da nostalgia recordar el ayer; decir como Pablo Neruda: “nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”; sin embargo, puede concluir como él lo hace en sus memorias: “Confieso que he vivido”.

Édgar León Vélez Arenas
Director Escuela de Idiomas 1993-2001

La Saga de la Escuela de Idiomas



Preámbulo

Con el presente opúsculo no pretendemos darnos aires de historiadores, sino simplemente evocar en forma sencilla y escueta preteridos episodios de hace cuarenta o más años, que configuran la génesis y posterior evolución del primer departamento que tuvo la Universidad de Antioquia, hoy convertido en Escuela de Idiomas. Nos anima el deseo de consignar en las páginas siguientes un recuento de acontecimientos que a nuestro modo de ver merecen ser recordados por las generaciones venideras, sobre todo por parte de aquellas personas vinculadas en una u otra forma al estudio de los idiomas en nuestro medio. Aprovechamos de paso para mencionar algunos pasajes que pertenecen a la historia general de nuestra aula máxima desde el decenio de los cincuenta, y que perduran en la memoria de quienes tuvimos la fortuna de vivirlos. De ese modo queremos registrar una página al menos en los anales de nuestra cara y egregia Alma Mater Universitas.

Además de los documentos que poseemos y de nuestras vivencias personales, nos hemos apoyado en el testimonio de algunos colegas, a quienes les expresamos nuestros rendidos agradecimientos. Entre ellos mencionamos al profesor Isaías Aguirre Ruiz —maestro de juventudes como pocos, exdirector

del Departamento de Lenguas Modernas (uno de los nombres que detentó la dependencia) y exdecano asociado de la extinta Facultad de Ciencias y Humanidades—; al profesor Bernardo Álvarez Gómez, de grata recordación para amigos y alumnos por su fino sentido del humor; al colega Eduardo García Jiménez, cuyas cordiales escaramuzas humorísticas con el profesor Jaime Mercado Pacheco perviven en nuestras mentes. A otros colegas, quienes también nos han brindado su valiosa colaboración para el acopio de información de primera mano, los mencionaremos en el momento oportuno.



La universidad insular (1949-1964)

Comenzamos nuestro recuento en el ocaso del decenio de los cuarenta. Encontramos una Universidad de Antioquia insular, en donde cada dependencia ocupaba su recinto separado y era totalmente independiente, y por demás ajena, al quehacer académico de las demás. De modo que la insularidad era no solamente física, sino también curricular. La Alma Mater contaba con nivel de secundaria, en su Liceo Antioqueño, y hasta ofrecía el quinto o último grado de primaria con su Complementaria Julio César García, que funcionaba en su local de Pascasio Uribe, entre las calles Pichincha y Bomboná, en el centro de Medellín.

La Julio César (así la llamábamos, omitiendo el apellido del ilustre epónimo) estuvo regida, entre otros, por don Gerardo Tapias Henao, de gratísima recordación como maestro íntegro y consumado pedagogo. Don Gerardo fue el último director de la Complementaria, pues la Julio César cerró sus puertas a fines de 1949, pero el director regresó, hacia la mitad del decenio de los sesenta, esta vez a la dirección del Liceo Antioqueño. Recordamos que hizo editar y colocar carteles en donde invitaba al docente a ser más formador que informador, y lo instaba a convertirse de “docto catedrático en total educador”. Entre otras cosas, don Gerardo era

hinch a morir de la música ciudadana, y era asistente seguro a cualquier acontecimiento relacionado con el tango, sus orquestas y cantores. Además de don Gerardo, recordamos a algunos profesores, varios de los cuales pasaron luego al Liceo Antioqueño; entre ellos mencionamos a don Enrique Jiménez (castellano), a la profesora Tina Valderrama, a don Vicente Lagoyette (educación física), a don Rafael Guerrero García (matemáticas), a don Carlos Barrera Delgado (historia), quien desempeñó posteriormente la secretaría general de la universidad, al reconocido profesor José María Bravo Márquez, fundador del Orfeón Antioqueño y compositor de la música del himno de la universidad. (La letra —como es bien sabido— es inspiración del poeta Édgar Poe Restrepo, también profesor del Liceo Antioqueño).

El Liceo Antioqueño operaba en dos recintos diferentes; los grados primero y segundo se cursaban en el local denominado “La Manga”,¹ aldeaño a la Plazuela Flórez; de tercero hasta sexto de bachillerato se dictaban en el legendario edificio de San Ignacio. Fue un período de relativa tranquilidad estudiantil, casi *pax romana*. Recordamos que solo esporádicamente las masas estudiantiles, arengadas por el llamado “Chiverudo” Marulanda —a la sazón estudiante de Derecho— se aventuraban a desfilarse por las calles y a acatar órdenes de paro de unos cuantos días. A fines del decenio de los cincuenta la universidad erigió instalaciones en las inmediaciones del barrio San Germán (hoy ocupadas por la Facultad de Medicina Veterinaria) y allí se trasladó el bachillerato —con excepción del nocturno, que siguió funcionando en el histórico edificio San Ignacio como lo hacía desde su creación en 1953—. En la sede de San Germán, permanecería el Liceo Antioqueño hasta cuando fue eliminado como dependencia universitaria.

1 N. del E. La Manga era una casa grande y antigua ubicada al costado sur de la Plaza de Flórez, donde funcionaban los grados primero y segundo.

Entre nuestros profesores del Liceo Antioqueño evocamos a don Domingo Henao, en ciencias y geografía; y a don Pablo Salazar y a don Carlos Martínez Londoño, también en geografía (este último fue luego director del grado cuarto y profesor de pedagogía en la Facultad de Educación); a doña Maruja Ospina de Londoño, don Gustavo Sierra y don Gustavo Rodríguez, quienes regentaban la cátedra de música; a don Gabriel Rodas y don Estanislao Sierra, que se ocupaban de física (don Gabriel fue posteriormente director del grado tercero, y don Estanislao nos instaba a que nos cuidáramos del onanismo, al que graciosamente denominaba “manibel”). El desaparecido don Ricardo Rico Lotero dictaba castellano y ortografía (fue director del grado segundo en 1960, cuando reemplazó en el cargo a don Ignacio Lopera); el jurisperito Benigno Mantilla Pineda y el poeta nadaísta Gonzalo Arango fueron nuestros profesores de castellano en 1954. Asimismo fue profesor de castellano el licenciado don Hernán Castañeda Gómez, luego director del grado quinto; don Rafael Tobón H. y don Venancio Echeverri regentaban las cátedras de álgebra y trigonometría, y contabilidad, respectivamente; el recordado don Rafael Posada Morales, egresado de la Normal de Varones y luego licenciado de la Facultad de Educación, se desempeñaba en castellano y francés; don Hernando Elejalde Toro tenía a su cargo la cátedra de literatura, y fue después profesor de la Facultad de Educación y director del grado quinto; don Alberto Duque enseñó religión en “La Manga”; don Gustavo Giraldo regentaba las cátedras de preceptiva literaria e historia de la Iglesia, y el artista don Jorge Cárdenas, la de dibujo; don Tomás Álzate manejaba la cátedra de historia; profesor de filosofía fue don Gonzalo Ocampo Álvarez, quien sería posteriormente el cuarto decano de la Facultad de Educación; don Carlos Galeano nos enseñó español (luego pasó a la Facultad de Educación); el francés estuvo a cargo de don Enrique Zuluaga y del licenciado José J. Fernández —además del ya mencionado don Rafael Posada—; religión y ciencias sociales las

dictaba don Javier Zuluaga Zuluaga, también director del grado tercero; el médico Guillermo Uribe (destacado basquetbolista además) nos dictaba fisiología; en química se desempeñaban don Jaime Villegas (luego graduado en Derecho) y don Luis Restrepo (ambos autodidactas) con la colaboración de un asistente de laboratorio a quien apodaban “El Cavernícola”, de apellido Mejía.

Instructor de inglés en “La Manga” fue el morocho don Iván Blandón; en el local de San Ignacio laboraba ya el profesor Manuel Ángel Muñoz, un verdadero superdotado de los idiomas, quien sin salir de su terruño alcanzó notable dominio no solamente del inglés, sino también de otras lenguas como el francés y el italiano; también dictó inglés por algún tiempo un instructor panameño de apellido Monzón; mencionamos también entre paréntesis a don Daniel Lema, uno de los directores del liceo en esta época (decenio de los cincuenta), quien poseía un buen dominio de la lengua de Shakespeare.

Como texto de inglés entonces se estudiaba el *Essential English* de C. E. Eckersley, pero el legendario don Washington Zuluaga prefería cumplir sus labores docentes con ejemplares de revistas como la estadounidense *Life*. En francés estuvieron en boga el libro de Charles Goddard en los niveles iniciales y el texto de L. C. Velásquez Blando *Clásicos franceses* en los últimos años de bachillerato. *Lengua y civilización francesas (Langue et civilisation françaises)* se impuso en la universidad por medio de la Alianza Francesa (el autor de este texto es Gaston Mauger), precisamente uno de los directores de la Alianza Francesa. *Monsieur* François Clément fue también profesor de francés en quinto de bachillerato.

Digna de reminiscencia es la cohorte de profesores de educación física de aquel entonces. Coordinaba las labores el siempre bien recordado don Darío Estrada; entre los demás instructores recordamos a don Filemón Aristizábal, don Horacio Campillo, don

Vicente Lagoeyette, don Gonzalo Salazar y al profesor Martínez. No se nos puede olvidar la devoción con que nos preparaban para desfilar en las procesiones del Corazón de Jesús y de Corpus Cristi. Sentíamos genuina veneración por nuestro uniforme liceísta de pantalón y tenis blancos, camiseta y chaco verdes. Había algo de místico en ese marcial “quier, dos, tres, cuatro” con que nuestros instructores nos adiestraban para luego competir en orden y coordinación con el liceo de la Pontificia Bolivariana, entre otros. Era también un grandioso espectáculo ver a nuestra banda y la de la Bolivariana, las cuales se esforzaban por alcanzar la supremacía con los clarines de sus metales y la persecución de sus tambores. De todos los barrios acudían las gentes a las calles céntricas de la ciudad para contemplar la cordial rivalidad de los dos liceos, en un espectáculo que combinaba colorido, aire marcial, fervor religioso y orgullo universitario.

Las facultades con que contaba la Alma Mater, como se anotó antes, ocupaban locales totalmente independientes en su mayoría. A manera de ejemplo mencionemos la facultad de Medicina, que funcionaba en el mismo edificio que todavía ocupa; la Facultad de Derecho y la Biblioteca General funcionaban en el local situado detrás del Edificio de San Ignacio (ese mismo recinto fue ocupado luego por la Facultad de Educación, y posteriormente por el liceo femenino Javiera Londoño, hasta 1993); la Facultad de Economía laboraba en Pichincha con Girardot; Ingeniería Química se albergó por mucho tiempo en el recinto que ahora detenta el Colegio Mayor de Antioquia o Universidad Femenina. Vale la pena anotar entonces que existió por aquellas calendas una especie de corazón intelectual o Mesopotamia Cultural podríamos decir, delimitada por las calles Ayacucho y Bomboná, y las carreras Pascasio Uribe y El Palo.

Dijimos antes que el Liceo Antioqueño pasó a mejor vida. Mencionemos ahora una especie de residencia estudiantil que po-

seía aquella universidad insular. En el mismo local donde funcionó el Instituto Filológico (del cual nos ocuparemos más adelante) existió lo que los estudiantes llamaban “La Casa del Muerto” (también la identificaban con el híbrido anglolatino “Morti House”); otros utilizaban el apelativo de “El Faquirato”. Algunos guasones exagerados de la época comentaban que los frijoles se servían en un pocillo de tinto. De todas maneras, aquel albergue o mesón estudiantil constituye un recuerdo quizás pintoresco o folclórico de aquella universidad de hace cuarenta años.

Hay quienes añoramos aquella universidad insular del decenio de los cincuenta, con su liceo, su Complementaria Julio César García, hasta con su propia “Morti House” y su paz casi idílica. La Alma Mater enraizada en la Mesopotamia Cultural, con su centro administrativo de San Ignacio, de construcción propia y arquitectura añeja; con aquellos recordados patriarcas de la docencia y la administración educativa de genuino sabor criollo (nos parece contemplar con los ojos del recuerdo el primer piso del secular recinto, con las figuras egregias de don Clímaco Álvarez, síndico; de don Marceliano Posada, tesorero; de don Carlos Barrera, secretario general; de don Daniel Lema, director del liceo. Porque la universidad no estaba todavía tocada por lo extranjero; si bien instituciones como el Colombo-Americano, la Alianza Francesa y el Instituto Goethe prestaban colaboración con sus instructores, no existía esa influencia decisiva y notoria que se instauraría en el decenio de los sesenta, con la adopción del modelo estadounidense con su sistema de departamentalización. No queremos decir que lo último fuese malo para la Alma Mater (quizá era necesario e inevitable), sino que esa universidad de corte criollo y mentalidad autóctona, genuina muestra de la cultura y de la pujanza antioqueñas se yergue desde el pasado como una etapa inolvidable en el devenir histórico de nuestra aula máxima.



El Instituto Filológico en retrospecto (1942-1950)

Hasta donde tenemos noticias, el Instituto Filológico de la Universidad de Antioquia fue la primera entidad que ofreció programas de idiomas en nuestro medio. Fundado en 1942, incluía licenciaturas en lenguas clásicas y en lenguas modernas, o en la combinación de ambas. Fuera de la lengua materna, se estudiaban allí latín, griego, inglés y francés, y se ofrecía la licenciatura en sociales.

El Filológico inició labores en el segundo piso de un edificio de la Plazuela Uribe Uribe; de ahí pasó al local que ocupó posteriormente el Instituto de Estudios Generales, en Girardot con Pichincha. Fueron sus directores Julio César García y Miguel Roberto Téllez (encargado por un corto tiempo). Al igual que el futuro Departamento de Inglés, el Filológico contaba con profesorado cosmopolita. Allí dictaban cátedra el hispano Juan de Garganta, el irlandés John Patrick Seconde (profesor de inglés), el griego De Grau, el chileno Clarence Finlayson, el alemán Hans Lowe (nativo de la Renania germana e instructor de alemán), además de Paul Morgan. La mayoría de los docentes era —obviamente— de

nacionalidad colombiana y de la estatura intelectual de Gabriel Posada Ángel (latín), Antonio Panesso Robledo (egresado del mismo Filológico y profesor de lingüística), Julio César Arroyave (filosofía), Darío Mazo Gómez (gramática histórica), Luis Alfonso Agudelo (inglés), Abel García Valencia (literatura colombiana), Joaquín Pérez Villa (castellano), Graciliano Arcila Vélez (antropología), Lucrecio Jaramillo Vélez (años más tarde rector de la universidad), Enrique Congote, Alfonso Mora Naranjo, José María Bravo Márquez, Miguel Roberto Téllez. Recordemos de paso que por esta época se transmitía por la radio local el programa radial “Los catedráticos informan”, con el concurso de Pérez Villa, De Garganta, Panesso Robledo, y el médico Alonso Restrepo.

El programa del Filológico contemplaba inicialmente una duración de cinco años, con miras a obtener el título de Licenciado en Lenguas Clásicas y Modernas. El nivel académico era bastante elevado, según testimonio del finado profesor Bernardo Álvarez Gómez, quien adelantó estudios en el instituto; la mortalidad académica era considerable (se dio el caso de cincuenta alumnos inicialistas, de los cuales se graduaron solo nueve). Entre los egresados del Filológico podemos mencionar a Uriel Ospina Londoño, quien luego marchó a la famosa Sorbona de París a continuar estudios; a Mariluz Uribe Jaramillo (sobrina del doctor Ricardo Uribe Escobar, quien había vivido en París y Bruselas); al licenciado Hernán Castañeda Gómez, quien dirigió por algunos años una especie de sucursal del Liceo Antioqueño llamada “Grupos del Centro”, ubicados en el mismo local donde funcionó la Complementaria Julio César García, y que sirvieron de lugar de práctica para alumnos de la Facultad de Educación a mediados del decenio de los sesenta; al profesor Eduardo García Jiménez, quien dirigió el grado quinto del liceo hasta 1970, cuando fue reemplazado por el antes mencionado don Hernán Castañeda (1971), y pasó posteriormente a formar parte del personal docente

del departamento de Lenguas Modernas; al profesor Guillermo Ángel, quien fue luego docente del liceo y alcalde de Envigado; al licenciado José J. Fernández, antes citado como catedrático de francés; también a Pedro Pablo Betancur, Jaime Mondragón, y Humberto de Castro. En sociales se graduó Alberto Juajibioy Chindoy, quien luego fue profesor en el Departamento de Antropología de la Facultad de Ciencias y Humanidades (más tarde llegó a ser gobernador del Putumayo y murió de manera violenta). Anotamos además que en junio de 1945 la Universidad de Antioquia confirió el título de Doctor *Honoris Causa* en Filosofía y Literatura a Luis López de Mesa; el correspondiente diploma lleva las rúbricas de Julio César García, como rector de la universidad y director del Instituto Filológico; de Libardo Bedoya Céspedes, como director del Liceo Antioqueño, y de Marceliano Posada, como secretario general de la Alma Mater.

El Instituto Filológico alcanzó a funcionar ocho años y fue cerrado a finales de 1950 por razones de tipo económico (aunque hay quienes aseguran que las razones reales eran de tinte político). Tal vez con el fin de remediar en parte el tremendo vacío dejado por el Instituto Filológico se instauró el Instituto Marco Fidel Suárez de Investigaciones Científicas. Se creó esta entidad con el objetivo de estudiar aspectos históricos, culturales y lingüísticos de Antioquia y Colombia, y especialmente con el fin de estudiar la obra de Marco Fidel Suárez. Dirigido por don Saturnino Restrepo, el instituto tuvo una existencia efímera. A propósito de don Saturnino, hay fuentes que indican su dirección del Instituto Marco Fidel Suárez únicamente, mientras otras personas —entre ellas el licenciado Eduardo García Jiménez— sostienen que fue también, junto con Julio César García y Miguel Roberto Téllez, director del Instituto Filológico (hacia 1947).



La Facultad de Educación como predecesora (1953-1960)

La Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia fue la tercera fundación de su género en el país; le antecedieron la de Bogotá y la de Tunja. También podemos mencionar como antecesora a la Escuela Normal Superior, adscrita a la Universidad Nacional, que data de 1936. Siendo gobernador de Antioquia el general Pioquinto Rengifo se ordenó la creación de nuestra facultad mediante decreto departamental 342, del 19 de junio de 1953. El subsiguiente acuerdo del Consejo Directivo de la Alma Mater se promulgó el 28 de agosto del mismo año. El primer decano fue Nicolás Gaviria Echavarría (1° de febrero de 1954 a 1° de mayo de 1955); entre sus inmediatos sucesores mencionamos a Miguel Roberto Téllez Fandiño, José Gómez Isaza, Gonzalo Ocampo Álvarez, Aurelio Céspedes Cardona, Guillermo Vélez Vélez, y José María Barrientos Arango.

Inició labores la facultad el 1° de marzo de 1954, con programas de biología y química, matemáticas y física, y sociales y filosofía. El programa de Filología e Idiomas también se instauró en 1954 aunque solo comenzó en 1956 (con estudios de dos años);

se llamó luego Idiomas y Literatura (con duración de tres años) a partir de 1957. A finales del mismo año se graduó la primera promoción de licenciados en idiomas: fueron ellos Samuel Giraldo Henao, César Augusto Lopera B., Bárbara López Correa, María Victoria Molina, María Elena Tobón y María Gloria Toro.

En 1957 comenzó estudios la segunda promoción, con unos once alumnos. A lo largo de la formación, abandonaron el programa Anita Valdelamar y Nancy Anaya de la Rosa (oriundas de la Costa Atlántica), Amparo Cano Echeverri (procedente de Manizales) y Rodrigo Marulanda (hermano del famoso “Chiverudo”, mencionado atrás). Desde principios de 1960 se había tomado la decisión de agregar a los tres años teóricos la comprobación de ejercicio docente durante un año. Culminaron los estudios y optaron al título, a fines de 1960, Aníbal López (alias “Mascachochas”, radicado luego en La Mesa, Cundinamarca), Jair López Moreno (venido de Itagüí, a quien le acomodamos el remoquete de “Quecico” —así, con c—), Héctor Sepúlveda (alias “El Mocho”, por carecer de una mano, y quien es ahora prominente figura en Rionegro), Jorge Pineda Zuluaga (exseminarista, primo del conocido humorista Guillermo Zuluaga “Montecristo”, y a quien cariñosamente llamábamos “El Petiso”), y Marino Castrillón Tangarife, autor de estas líneas. El colega José María Barrientos, nativo de Segovia, debió postergar su graduación hasta 1962, debido a un viaje a Bogotá a cursar estudios en el Instituto Caro y Cuervo. Como puede deducirse por el número exiguo de graduandos, la demanda estudiantil para los programas de la Facultad de Educación no era muy alta que digamos. Con el fin de reclutar alumnos se estableció un sistema de becas; en 1957 el monto del auxilio era de ciento cincuenta pesos; para el programa de licenciatura en Sociales y Filosofía, principalmente, llegó un buen número de morenos procedentes de la Costa Atlántica.

Por mucho tiempo funcionó la facultad en el corazón de la Mesopotamia Cultural, en el local detrás del Edificio de San Ignacio, junto con la Facultad de Derecho y la Biblioteca General; de paso anotamos que el Instituto Nocturno de Bachillerato, dirigido durante varios años por el profesor Carlos Gómez, estuvo anexo a la facultad hasta 1957. Esta sede de las facultades de Derecho y de Educación (tercer piso) pasó luego a albergar al liceo femenino *Javiera Londoño*.² La facultad se trasladó posteriormente a la actual ciudad universitaria, en un principio al bloque 12; pero durante la administración del rector Jesús Aristizábal (1980) se resolvió pasarla al bloque 9, donde opera en el momento presente.

El p \acute{e} nsum de idiomas de la facultad se asemejaba al del extinto Instituto Filol \acute{o} gico, y en ese sentido podr \acute{a} considerarse como resurrecci \acute{o} n del \acute{u} ltimo; asimismo, bien pudo haber conducido a la licenciatura en lenguas cl \acute{a} sicas y modernas. En verdad, aparec \acute{i} an las dos lenguas modernas de m \acute{a} s acogida en nuestro medio: ingl \acute{e} s y franc \acute{e} s, y se dictaban asignaturas de literatura cl \acute{a} sica y literatura moderna; se inclu \acute{i} an cursos de Lat \acute{i} n y Griego con los cuales el egresado recib \acute{i} a una s \acute{o} lida formaci \acute{o} n en raices cl \acute{a} sicas que lo prove \acute{i} an de buenas herramientas en los terrenos lexicogr \acute{a} fico y sem \acute{a} ntico. El t $\acute{i$ tulo otorgado era el de Licenciado en Idiomas y Literatura.

Entre los sitios de pr \acute{a} ctica para los alumnos de los \acute{u} ltimos semestres estaba, como ya se anot \acute{o} , el antiguo local de la desaparecida *Julio C \acute{e} sar Garc \acute{i} a*. Para esta preparaci \acute{o} n, la facultad asignaba un director de pr \acute{a} cticas para el \acute{a} rea de idiomas, uno de los cuales fue el autor del presente ensayo; ya se destacaba entre los practicantes un futuro profesor del Departamento de Idiomas, el colega Rodrigo L \acute{o} pez de Mesa Granda.

2 *N. del E.* El Liceo Nacional Femenino *Javiera Londoño* funcion \acute{o} en la Escuela de Derecho entre 1969 y 1998.

Entre los profesores de aquel quinquenio inicial (1956-1960) se cuentan algunos que ya hemos mencionado, pero bien vale la pena volver a recordarlos; ahí estaban don Hernando Elejalde Toro (español y literatura), el inolvidable don Rafael Posada Morales (español y francés), don Darío Mazo Gómez (lingüística y gramática histórica), don Conrado González Mejía (latín), don Gabriel Ochoa Isaza (profesor de latín y posteriormente secretario de la facultad por varios años), el profesor Abel García Valencia (literatura colombiana), quien era a la sazón secretario general de la universidad; don Javier Gutiérrez Villegas (literatura), el sacerdote benedictino León de San Segundo —de nacionalidad española (griego)—, y el profesor Antonio Escobar como instructor de latín, junto con el padre Ragacinskas (nativo de Lituania). Entre los docentes de inglés tuvimos a Luz Elena Botero, hija de uno de aquellos patriarcas de la docencia de entonces, don José Manuel Botero; a Aurora Arciniegas (apodada por nosotros “Doloritas”), hija del conocido intelectual colombiano Germán Arciniegas; al connotado profesor Manuel Ángel Muñoz, quien pasó luego a la Pontificia Bolivariana. La profesora Nydia Arango Mesa no dictó clases, aunque prestó sus servicios como jurado en pruebas orales de inglés. En 1958 se dictó extracurricularmente un curso de alemán a cargo del profesor Daniel Ceballos Nieto (esta fue la primera incursión de la lengua germana en los claustros universitarios).

Guardamos un recuerdo imborrable de aquella facultad primigenia, con profesorado en su gran mayoría de cátedra, y con un número relativamente bajo de discentes. Debemos anotar que el método de enseñanza de las lenguas modernas era bastante heterodoxo (eclectico, más exactamente), de corte criollo, con técnicas diversas (lo que el colega Isaías Aguirre denomina “caña picada”); las estructuras gramaticales se introducían mediante narraciones breves, historietas jocosas y chascarrillos, tanto en francés como en inglés (algo que el futuro fundador del departamento de Inglés —John Herbert Adams— llamó “método

chistoso”); ni pensar en un laboratorio de idiomas (este aparecería diez años después), ni siquiera en una grabadora magnetofónica. La verdad es que se aprendía, como se aprende ahora, y que los recursos de ese entonces: tiza, tablero tradicional y labia podrían presentar las mismas ventajas o falencias que puedan exhibir los sistemas de enseñanza con toda su parafernalia de laboratorios y otros recursos tecnológicos.



Los institutos nacionales como colaterales

Desde antes de la fundación del Departamento de Inglés (1960), la universidad recibía asistencia y colaboración por parte de institutos como el Colombo-Americano, la Alianza Francesa, el Instituto Goethe, y el Colombo-Europeo. Instructores al servicio de esas entidades laboraban como docentes, en la modalidad de cátedra, en dependencias del Alma Máter, sobre todo en el Liceo Antioqueño y en la Facultad de Educación.

El Colombo-Americano incluía en su planta docente, entre otros, a amas de casa de nacionalidad estadounidense. Recordamos a su director Robert Hinckley, quien prestaría luego su valioso aporte para la formación y organización del naciente Departamento de Inglés, como amigo personal de John Adams y otros docentes de inglés, otra docente destacada del Colombo-Americano fue la señora Ángela de Gagné. Entre los varios directores de la Alianza Francesa que sirvieron cátedra en la universidad mencionemos a Francois Clément, Jean Tournes, y Paul Demarigny. El Instituto Goethe estuvo representado durante varios años por la profesora

Úrsula de Seifert. Del Colombo-Europeo recordamos al renombrado políglota Guillermo Naranjo.

Adela Méndez, exploradora

Hasta comienzos de 1960 el escenario de la enseñanza de lenguas modernas exhibía su corte criollo, con su “método chistoso” y sus técnicas de “caña picada”. La innovación real y efectiva, que vendría del septentrional estado norteamericano de Minnesota, encarnada en la figura del profesor itinerante John Herbert Adams, tendría un fugaz preludio originario de una isla caribeña. En efecto, a comienzos de 1960 hizo su aparición en nuestro medio la primera emisaria del cambio, la profesora puertorriqueña Adela Méndez, cargada con las mejores intenciones de introducir modificaciones sustanciales en la didáctica de las lenguas modernas. La profesora Méndez preconizaba un método de fundamentación fonética; visitó las clases de algunos de los docentes de idiomas, tanto en el Liceo Antioqueño como en las facultades, y nos obsequió ejemplares de un texto basado en un estudio sistemático de los sonidos de la lengua inglesa. (Recordamos que el método incluía dos volúmenes; uno de pasta verde estudiaba las vocales y otro de pasta azul trataba de las consonantes.)

La profesora Méndez, al servicio de la Comisión Fulbright, nos instó entusiastamente a cambiar nuestro estilo tradicional y autóctono por algo más moderno y dinámico —según ella—, y a adentrarnos en la experimentación con técnicas novedosas. Debemos anotar, sin embargo, que ya había en nuestro medio docentes que conocían —mediante estudios realizados en Canadá y Estados Unidos— las nuevas modalidades metodológicas impulsadas por la visitante Alicia Méndez; entre esos docentes de avanzada recordamos a Nydia Arango Mesa y a Isaías Aguirre Ruiz, quienes con sus capacidades y conocimientos pasarían a

desempeñar luego papeles protagónicos en el futuro Departamento de Inglés, que ya se vislumbraba en el horizonte. Nydia, cuyos fuertes eran el inglés y el francés, había estudiado en el Canadá; fue remitida a Michigan a proseguir nuevos estudios, en compañía del profesor Ricardo Gallego Cárdenas, con el patrocinio de la Comisión Fulbright y mediante recomendación de la profesora Méndez. Según testimonio de Isaías Aguirre, Ricardo Gallego trabajó con personal estadounidense en las petroleras de Barrancabermeja, en calidad de ingeniero; allí se le conocía como “el doctor Gallego”, y fue ahí mismo donde adquirió un notable dominio del inglés; Ricardo fue también pieza fundamental en el engranaje del futuro Departamento de Inglés, en sus fases iniciales, y sobre todo, cuando hacia 1970 se encargó de la organización y dirección del futuro laboratorio de idiomas, que volveremos a mencionar más adelante.

El paso efímero —por demás benéfico e innovador— de la profesora Adela Méndez significó una especie de antesala o preliminar —como se dijo antes— para la profunda transformación que se operaría luego con la llegada del profesor estadounidense John Herbert Adams y el nacimiento del Departamento de Inglés.

John Herbert Adams, fundador

Hacia mediados de 1960 vino a nuestra Universidad de Antioquia el profesor visitante John Herbert Adams, natural de Minnesota, y proveniente del Perú, donde había estado en calidad de enviado de la Comisión Fulbright. Fue Adams, entonces, el segundo comisionado de la Fulbright en nuestra Alma Mater. Es de justicia recordar en este momento al senador estadounidense James William Fulbright, principal promotor de transformaciones educativas en nuestra universidad, como vamos a verlo.

En 1946, al término de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos poseían un enorme superávit de capital fruto de la venta de excedentes de material bélico a naciones foráneas. El senador Fulbright logró en ese mismo año que el congreso estadounidense aprobara su proyecto de destinar tales fondos extra a la educación, no solamente de ciudadanos estadounidenses —muchos veteranos de guerra—, sino también de estudiantes extranjeros. Esa situación provocó posteriormente una bonanza de becas en nuestra universidad para adelantar estudios en el país del Norte, lo que condujo a una especie de xenofilia en nuestro medio, de la cual hablaremos más adelante. Pensamos que de no haberse dado la coyuntura provocada por Fulbright, el remezón académico ocasionado con la creación del futuro Departamento de Inglés y la innovación administrativa materializada en la aparición del Instituto de Estudios Generales tal vez no se hubieran dado, o hubieran ocurrido en circunstancias diferentes.

John Herbert Adams vino acompañado por su esposa, una princesa peruana de nombre Antonieta (a quien él llamaba cariñosamente “Antuca”) y de su hija mayor, Maritta. Doña Antonieta era excelente bailarina, y se destacaba especialmente en la ejecución del pasodoble estilo flamenco. El segundo retoño de la pareja, un niño bautizado Anthony, nacería posteriormente en nuestra ciudad.

En calidad de profesor visitante, Adams estuvo observando cuidadosamente la enseñanza de idiomas en nuestra universidad, específicamente en lo referente a la lengua inglesa, tomando notas y sacando sus propias conclusiones. Se granjeó la amistad y el aprecio de algunos directivos de la Alma Mater, entre ellos el entonces director de la Escuela Interamericana de Bibliotecología —el profesor Luis Florén, y del mismo rector de la universidad por aquellas calendas— el doctor Iván Correa

Arango. En octubre de 1960 cursó un memorando a la rectoría, el cual reproducimos en su totalidad, porque consideramos que reviste capital importancia:

MEMORANDUM A: DR. IVÁN CORREA ARANGO
RECTOR
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
E. S. D.

DE: PROFESOR JOHN H. ADAMS
PROFESOR VISITANTE

ACERCA DE: EL PROGRAMA DE INGLÉS EN
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

1. La actual enseñanza de Inglés en la Universidad de Antioquia no es adecuada.

Se cursan aproximadamente cuatrocientas (400) horas de Inglés en el liceo y, sin embargo, llegan a las facultades con poca habilidad en el idioma. Hasta en las facultades son pocos los casos en que el alumno pase del nivel intermedio y éste solamente en habilidad de lectura. Muchos nunca pasan del nivel de principiante, a pesar de estudios durante unos cinco años en el colegio y uno o dos años más en la facultad. Hay que buscar el mejoramiento de esta materia que, en las palabras del Sr. Rector Dr. Iván Correa, “ha llegado en los últimos tiempos a cobrar una importancia tan capital dentro de los pénsums docentes”.

2. Se pueden dar diversas razones por esta situación:
 - a. Las clases son grandes y hay poca oportunidad para la participación de cada alumno.

- b. Hay falta de equipo adecuado (discos, grabadoras, ayudas visuales, etc.), para facilitar el aprendizaje.
- c. Se pone demasiado énfasis en la gramática y en la traducción. Se ignora casi por completo el Inglés oral. La ciencia de la Lingüística ha comprobado que hay una alta correlación entre la habilidad en el Inglés oral y la habilidad de leer y escribir el idioma. También, casi todos los estudiantes de un idioma moderno desean poder hablar el idioma. Con oportunidad de practicar el Inglés oral, habrá más estímulo para aprender.
- d. En muchos casos no se usan textos o, cuando se usan, los textos no son buenos o el profesor no sabe sacar mayor provecho del texto.
- e. En muchos años la misma materia se repite año tras año y el alumno no pasa de principiante. Como no hay coordinación, cada profesor enseña lo que él considera importante, y muchos enseñan la misma materia al mismo nivel.
- f. Hay falta de preparación de los profesores. El hecho de que una persona hable Inglés no significa que sabe enseñarlo. La enseñanza de idiomas modernos es una profesión y por lo tanto requiere un profesional con conocimientos de la metodología y la materia técnica de la enseñanza (por ejemplo: la fonética, entonación, literatura, etc.) tanto como el idioma en sí.

Para remediar lo discutido anteriormente, se recomienda la formación de un Departamento de Inglés integrado por profesores de tiempo completo.

Sugerencias para la organización del Departamento de Inglés:

1. El departamento sería integrado por todos los profesores de inglés de la universidad. El departamento sería una dependencia de la Rectoría o de la Facultad de Ciencias de la Educación.
2. El departamento tendría a su cargo todo el programa de Inglés de todos los ramos de la universidad. Esto comprende dictar los cursos y exámenes, planear y coordinar los programas de estudios, seguir el perfeccionamiento de los profesores y la asignación de los profesores a sus respectivas clases, vigilar el trabajo de los profesores, y fomentar actividades extracurriculares relacionadas con el Inglés.
3. El departamento sería encabezado por un jefe, nombrado por la Rectoría, quien tendría a su cargo la vigilancia de los profesores y los cursos, la coordinación de las reuniones de los profesores del departamento para resolver los problemas del programa de Inglés, hacer informes y asumir la responsabilidad ante sus superiores por el programa de Inglés.
4. Todos los profesores del departamento estarían localizados en una sola oficina (con excepción de los del Liceo), de donde saldrían a dictar sus clases en las diversas facultades. Durante las horas en que los profesores no estén dictando clases, deberían estar en la oficina del departamento para consultas, trabajos de investigación, preparación de clases, etc. Así habrá un constante intercambio de ideas sobre la enseñanza de la lengua y oportunidad de practicar el idioma.
5. En el caso del Liceo, habría un sub-jefe a cargo de la vigilancia y coordinación del programa de Inglés allí. Los profesores de Inglés del Liceo tendrán, dentro del departamento, las mismas

atribuciones y los mismos derechos que los de las facultades, y asistirán a todas las reuniones del departamento. Se recomienda que haya un sistema de promociones que permita llenar las vacancias que ocurran en las facultades con profesores del Liceo escogidos por la Rectoría entre los candidatos que le presente el departamento. Los profesores nuevos del departamento empezarán en el Liceo para ser promovidos, de acuerdo con sus capacidades, a las facultades, cuando se presente la ocasión. Esto creará estímulo para el mejoramiento del profesorado.

6. La universidad por medio del departamento seguirá atendiendo al perfeccionamiento del profesorado de Inglés, aprovechando toda oportunidad para el envío de profesores de habla inglesa a la universidad como de profesores de la universidad al extranjero. El jefe del departamento tendrá la autoridad para exigir la asistencia de los profesores a su cargo a los cursos de especialización o perfeccionamiento en las materias que se dicten en la universidad. En el caso de los profesores que vayan al exterior se les exigirá que presenten un informe sobre lo estudiado.
7. Se recomienda enérgicamente sea integrado por profesores de tiempo completo. De lo contrario no podrían cumplir las obligaciones que les imponen los dos puntos anteriores. En caso de que haya profesores externos, podrán asistir a las reuniones y tendrán voz en ellas.
8. El departamento se interesará en fomentar actividades extracurriculares de Inglés. Una de las actividades principales será la formación de un club de Inglés. Será un club para los alumnos, con uno de los profesores designado como consejero. Será una oportunidad para que los alumnos interesados se congreguen periódicamente para practicar el idioma. Habrá conferencias,

películas, excursiones, la presentación de una pieza de teatro anualmente, etc. Todas las actividades se desempeñarán en Inglés.

9. Se recomienda que la universidad y el departamento busquen la forma de tener un profesor cuyo idioma nativo sea el Inglés. Una manera de realizar esto sería establecer un intercambio de profesores con alguna universidad de los Estados Unidos. La universidad mandaría un profesor del departamento de Inglés para dictar clases de Español allí, y recibiría un profesor mandado por el Departamento de Español de la universidad con la cual se haga el intercambio para dictar clases de Inglés aquí.
10. Uno de los fines del departamento será que todos sus profesores tengan un grado universitario. Se buscará la forma de que todos los profesores que no tengan dicho grado sigan estudiando hasta obtenerlo. El jefe tendrá la responsabilidad de exigir y vigilar el mejoramiento de los profesores a su cargo.
11. El departamento mantendrá un archivo con tarjetas individuales en las cuales constarán todos los cursos que haya tomado cada alumno, el profesor que lo dictó, y las notas finales. Además, todas las notas serán entregadas a los respectivos decanos al terminar cada curso.

La pujanza e iniciativa de este itinerante nativo de Minnesota, prototipo de la raza nórdica con sus dos metros de estatura, contextura delgada, tez blanca, cabellos lisos y rubios, ojos claros, y excelente manejo de la lengua hispánica, hallaron eco en el Consejo Directivo de la Alma Mater y la reacción no se hizo esperar. En efecto, el consejo creó el Departamento de Inglés —el pionero y paradigma de todos los demás de la universidad— mediante el

Acuerdo N° 14 de octubre de 1960, incluido en el Acta 1288. El acuerdo fue en su mayor parte una transcripción literal del memorando de Adams. Se hizo énfasis en la ayuda de la Comisión Fulbright y otras entidades similares, y se aceptó la propuesta del ponente en el sentido de establecer intercambio con universidades estadounidenses. La Universidad de Antioquia recibiría profesores del país del Norte y enviaría a algunos de sus propios docentes a proseguir estudios y ejercer la cátedra de español en los Estados Unidos. La creación de este departamento primigenio constituyó el primer paso de una serie de acontecimientos destinados a efectuar significativas transformaciones en el andamiaje académico-administrativo de la universidad, como indicaremos más adelante.

Como era de esperarse, John Adams fue nombrado jefe del departamento, y la recién nacida dependencia comenzó sus labores académicas a principios de 1961. Inicialmente ocupó un pequeño recinto en el primer piso del local de San Ignacio, junto a la Rectoría. Allí se concentraron los profesores de las facultades, y allí empezó a trabajar nuestra primera secretaria, Amparo Duque Peláez. Para el Liceo Antioqueño se nombró un subjefe, tal como lo había sugerido el fundador Adams; fue así como el 27 de enero de 1961 el Consejo Directivo asignó el cargo de coordinador de inglés en el Liceo Antioqueño al autor de estas líneas, Marino Castrillón. Esta innovación fue bien recibida por la comunidad liceísta y sus directivas, con la excepción del profesor Carlos Martínez Londoño, a la sazón director del cuarto grado, quien veía en el nuevo cargo una especie de *imperium in imperio*, puesto que se interponía —según él— en la jurisdicción del tradicional director. Marino Castrillón trató de convencer al profesor Martínez de que la labor de coordinación de la enseñanza del inglés se refería exclusivamente al aspecto académico, sin inmiscuirse para nada en el engranaje administrativo. No obstante, el profesor Martínez no se sintió del todo satisfecho con la aclaración.

El primer grado del Liceo estaba dirigido por el profesor Luis María Sánchez, y como profesor de inglés fue nombrado el estadounidense Robert Bell. El desaparecido profesor Ricardo Rico Lotero (sucesor de Ignacio Lopera) dirigía los segundos, y como docentes de inglés estuvieron Marino Castrillón (siete grupos) e Isaías Aguirre (un grupo). El tercer grado estaba dirigido por don Gabriel Rodas, y el profesor de inglés allí fue el licenciado Bernardo Álvarez Gómez. El cuarto grado, como ya dijimos, lo dirigía don Carlos Martínez y el profesor de inglés fue don Luis Escobar. Don Hernando Elejalde Toro dirigía los quintos y don Juan Rafael González Tamayo los sextos; en estos dos niveles dictaron las clases de inglés el licenciado Francisco Evelio Gómez Gallo (especializado en tiflogía y sordomudística, y futuro jefe del Departamento de Idiomas) y el autor de este opúsculo.

Con el fin de unificar textos y establecer una adecuada secuencia de primero a sexto se adoptaron *Let's Learn English*, por Wright-McGillivray, para el primer y el segundo año; *Practice Your English*, por Audrey L. Wright, para tercero y cuarto (aunque el profesor Luis Escobar, quien por muchos años utilizó el llamado *Método Cortina*, no recibió de muy buen grado la innovación en su cuarto año); finalmente, se eligió *Life with the Taylors*, por McGillivray, para quinto y sexto. El licenciado Castrillón, en cumplimiento de sus funciones de coordinación, visitaba las clases de sus colegas y comentaba con ellos sobre las estrategias más adecuadas (sugeridas por Adams) para mejorar la didáctica del inglés. Esta coordinación en el liceo funcionó solo algunos años y logró mejorar sustancialmente la eficacia de la enseñanza, aunque quedaba mucho terreno por recorrer. Pero la universidad y el departamento centraban sus esfuerzos en mejorar la docencia del inglés en las facultades y se olvidaron un poco del bachillerato. Las directivas comenzaron paulatinamente a preocuparse menos y menos por su nivel secundario hasta que eventualmente, como es bien sabido, la entidad liceísta desapareció.

Es justo reconocer que John Herbert Adams —fiel al postulado incluido en su memorando al Consejo Directivo— se preocupó por culturizar el profesorado a su cargo. Él mismo dictó en el legendario local de San Ignacio algunos cursos sobre literatura estadounidense, con base en el texto *The American Tradition in Literature*. (Recordemos que tenía una interesante teoría sobre la probable influencia de Edgar Allan Poe en la obra poética de José Asunción Silva). También se encargó de traer conferencistas, entre quienes recordamos al profesor Richard Narváez, quien dictó conferencias sobre Metodología en 1962. En síntesis, Adams buscaba que los profesores de inglés tuviéramos una adecuada fundamentación cultural, con énfasis en la literatura y la historia de los países angloparlantes. Mediante contactos con la Comisión Fulbright y con la Fundación Ford colaboró para el envío de docentes nuestros a cumplir estudios de postgrado en los Estados Unidos. Otro logro de Adams, aunque en menor escala, fue dotar al departamento de un mimeógrafo de alcohol, que reproducía copias en tinta azul de materiales docentes, informes, memorandos y pruebas. Este elemento facilitó enormemente las labores académicas y de difusión cultural de la dependencia.

En este primer quinquenio de los sesenta, el Departamento de Inglés inició la internacionalización de su planta profesoral; de Panamá llegó el profesor Gustavo Troncoso Ferrari, y de México el docente Roberto Yáñez. Estos se sumaron a la estadounidense Priscilla Olsen de Grajales y a los colombianos Ricardo Gallego Cárdenas, Isaías Aguirre Ruíz, Nydia Arango Mesa y Manuel Ángel Muñoz. A propósito de Manuel Ángel, parece que se suscitaron —infortunadamente— discrepancias entre este notable profesor y el fundador y primer director John Adams (referentes a cuestiones de tipo metodológico) que desembocaron en la desvinculación del profesor. Quienes tuvimos la fortuna de ser alumnos del profesor Manuel Ángel Muñoz sabemos de sus capacidades y méritos y lamentamos profundamente que se hubiera dado las

circunstancias para su salida de la Alma Mater. De todos modos, este valioso profesor de idiomas se vinculó luego a la Universidad Pontificia Bolivariana, donde continuó su exitosa carrera docente.

Había por ese entonces otros programas académicos que incluían hasta cuatro niveles o semestres de inglés (Bibliotecología, por ejemplo). El texto principal adoptado fue el *English Sentence Patterns*, de Robert Lado y Charles Carpenter Fries, que se utilizaba en Inglés Elemental I (L-101) e Inglés Elemental II (L-102); este texto se complementaba con *English Patterns Practice*, un texto sobre fonética y el *Vocabulary in Context*, de la misma serie de Michigan; para Inglés Intermedio I (L-201) se adoptó *American English Reader*, de Grant Taylor; *American Readings* servía para Inglés Intermedio II (L-202) e Inglés Intermedio III (L-203). Estos se complementaban con *Practicing American English* y con *English Conversation Practice* del mismo autor Grant Taylor. Los docentes de los niveles intermedios también utilizaban el texto *Mastering American English*, de la misma serie de Grant Taylor, para extracción de materiales suplementarios. La profesora Pricilla Olsen de Grajales tuvo a su cargo durante muchos años los cursos de composición inglesa, para los cuales adoptó el texto *Let's Write English*, de George E. Wishon y Julia M. Burks; la profesora Grajales se distinguió siempre por la especial devoción y sentido de responsabilidad con que enfrentaba su quehacer académico.

John Herbert Adams terminó su primer período como jefe del departamento a finales de julio de 1965, cuando le fue otorgada una beca para proseguir estudios en la Universidad de Texas, en Austin. La familia Adams había residido durante cinco años en un apartamento de un segundo piso de la calle Maracaibo, entre Junín y Palacé, diagonal a lo que era el Teatro Ópera. El profesor Adams tenía por costumbre iniciar cada período lectivo con una reunión social en su propio domicilio. Se escuchaban aires estadounidenses (por aquella época se hallaban en pleno apogeo *Los Brothers Four*)

y actuaban músicos criollos, entre los que recordamos a Julio Idárraga (por varios años profesor de inglés del Liceo Antioqueño), excelente cantante y guitarrista; también se escuchaban la voz y la guitarra de Jesús Caicedo, nativo de la ciudad de Pasto, docente también del departamento. Doña Antonieta de Adams exhibía sus dotes de bailarina del pasodoble de corte flamenco.

Sucesor de Adams fue el profesor, también estadounidense, Charles V. Ehmann, quien dirigió el departamento en un interregno entre las dos jefaturas de Adams. El profesor Ehmann trabó amistad con los directivos de entonces, el rector Lucrecio Jaramillo Vélez, el secretario general Alfredo Múnera Osorio, el jefe de Relaciones Laborales José Prieto Mesa, el director de asuntos Estudiantiles Horacio Correa Flórez, y sobre todo con el presbítero Gabriel Escobar Barrientos, Capellán in illo tempore de la Universidad —vale la pena anotar que Ehmann profesaba la religión católica—. El profesor panameño Gustavo Troncoso Ferrari, ya mencionado, se convirtió en una especie de *alter ego* o mano derecha del jefe Ehmann. Dentro del personal docente ya contábamos con el licenciado Jaime Valencia Asuad, y como secretaria continuaba Amparo Duque Peláez. Amparo contraería luego matrimonio con el profesor estadounidense Mark Hanson, quien había llegado como instructor del departamento; la pareja se radicó en los Estados Unidos, y como sucesora de Amparo en la secretaría llegó la señorita Ruth Velásquez.

En este momento el departamento ocupaba la segunda sede en su historia, en el tercer piso del edificio de San Ignacio; tenía una especie de satélite constituido por la sección de francés, con los docentes Rafael Posada y Alirio Arboleda, quienes ocupaban una oficina esquinera contigua a la jefatura del departamento; estos fueron los últimos años de la dependencia como Departamento de Inglés, aunque ya incluía —como anotamos— asignaturas en

francés. Con el nacimiento de Estudios Generales el departamento dejó de ser dependencia de la Rectoría, cambió su nombre por el Departamento de Lenguas Modernas, y entró a formar parte del nuevo Instituto de Estudios Generales, del cual nos ocuparemos a continuación.



Instituto de Estudios Generales, un intermezzo (1962-1967)

Hasta este momento la labor del profesor Adams se había centrado en la organización interna del departamento. En 1964 las directivas universitarias concibieron el proyecto de abandonar la insularidad tradicional e iniciar una nueva universidad dotada de sistemas más modernos y actualizados; en ese propósito participó el profesor Adams. La idea vertebral era canalizar el acceso a todos los programas profesionales por una gran puerta común que se denominó Instituto de Estudios Generales. Las gestiones adelantadas ante la Asociación Colombiana de Universidades (Ascun) culminaron con el Acuerdo 77 del 4 de diciembre de 1964, mediante el cual se otorgó licencia de funcionamiento al instituto; dicho acuerdo se basó en los informes positivos presentados por el doctor Vicente Bejarano Manrique, a la sazón jefe del Servicio de Coordinación y Vigilancia Universitaria. En lo tocante al Departamento de Lenguas Modernas, en virtud de la Resolución 24 de marzo 24 de 1965, se designó a Antonio Panesso Robledo para visitar los departamentos de Humanidades y Lenguas Modernas; luego de otra visita practicada por Bejarano Manrique se presentó

el informe respectivo el 17 de febrero de 1966; en la relación de los dos ilustres visitantes se destaca lo siguiente:

- a. La enseñanza de los idiomas modernos, concretamente inglés y francés, es satisfactoria en general, por la calidad de los profesores, pero los métodos en uno y otro idioma difieren excesivamente. Al paso que el inglés se imparte por métodos norteamericanos, tests o pruebas, sobre el idioma familiar, el francés se inclina mucho más al texto literario. Aunque ambas maneras tienen sus defensores y ventajas, no parece conveniente mezclar de tal manera los sistemas que se excluyen mutuamente en materias que deben tener la misma metodología.
- b. Debe procurarse evitar las fallas que se originan por la inestabilidad administrativa.
- c. Es menester procurar una directriz más clara en punto a programas y métodos, con finalidades que a los alumnos les resulten inequívocas. Los esfuerzos se emprenden en varias direcciones a la vez, con perjuicio de la intensidad de los estudios que carecen todavía de planes bien sólidos.
- d. Se debe sugerir igualmente la intensificación del trabajo personal de los alumnos, la lectura de textos y las labores de investigación en la biblioteca, aunque disminuya un poco el trabajo puramente expositivo de los profesores.

Volviendo al instituto en términos generales, el Acuerdo 77 de Ascun fue avalado por el Ministerio de Educación Nacional mediante Resolución 0193 del 8 de febrero de 1965. La resolución llevó la rúbrica del entonces ministro de educación Pedro Gómez Valderrama. En ese momento el departamento creado por el profesor Adams dejó su condición de unigénito: llegaron a acompañarlo los departamentos de biología, física, química, matemáticas,

humanidades y sociales, y español. Los siete conformaron el Instituto de Estudios Generales, ubicados en el corazón de lo que hemos llamado la Mesopotamia Cultural de Medellín. El primer director fue el médico Humberto Gómez Osorio, con la secretaría de Daniel Ordóñez Badillo.

El instituto representaba un cambio radical, y los cambios radicales suscitan reacciones, a veces violentísimas. El nacimiento de Estudios Generales, a nuestro modo de ver, divide la historia del departamento y de la universidad en general en dos etapas bien definidas en cuanto atañe a la presencia y participación del elemento extranjero en el concierto universitario. Antes de 1965 podemos decir que existía xenofilia o aceptación (tal vez pasiva e indiferente); pero después de ese año se fue entronizando paulatinamente la xenofobia o rechazo (más bien activo). Aquel tinte xenófobo revistió una virulencia especial en el quinquenio 1965-1970.³ El recién nacido instituto era vulnerable por dos aspectos primordiales; el uno era que la gran masa estudiantil aceptaba apenas a regañadientes el hecho de no ingresar directamente a su facultad o escuela —como se estilaba en la universidad insular de antes—; el otro era la idea de que para muchos el instituto encarnaba la llamada penetración cultural estadounidense; otra razón, quizá de menos peso pero también decisiva, era que el término “instituto” sonaba en los oídos del alumnado a escuela o liceo, y no a formación superior. También se presentaban dificultades de índole académica y organizativa, por la sencilla razón de que se estaba experimentando con un nuevo sistema con el cual las directivas de entonces no se encontraban totalmente familiarizadas. Esos fueron los principales motivos por los cuales Estudios Generales tuvo una existencia tan efímera, y

3 *N. del E.* El 7 de mayo de 1965, en medio de las protestas estudiantiles por la ocupación estadounidense en República Dominicana, las fuerzas de seguridad allanaron el Instituto de Estudios Generales.

hubo de transformarse en Facultad de Ciencias y Humanidades en un breve lapso de tres años.⁴

El Instituto de Estudios Generales contemplaba una etapa previa de dos semestres para la gran mayoría de los programas, y de cuatro semestres para las escuelas de Periodismo y Bibliotecología, y para las licenciaturas. Se buscaba esencialmente la formación de un profesional integral con una infraestructura cultural que incluía las tres grandes áreas del saber humano. En un volante titulado “Objetivos del Instituto de Estudios Generales” se puede leer:

El programa del instituto incluye instrucción en las ciencias naturales, las ciencias sociales y las humanidades. Por medio de las ciencias naturales el estudiante puede aprender cómo los hombres han descifrado los enigmas del universo físico y cómo han descubierto la naturaleza de procesos de vida en las formas biológicas de las plantas y los animales. Por medio de las ciencias sociales el estudiante puede aprender cómo los hombres han analizado la estructura de sociedades humanas y cómo han llegado a una comprensión de las normas de comportamiento social. Por medio de las humanidades el estudiante puede aprender cómo los hombres han buscado clarificar las metas de la vida y expresar en obras de filosofía, religión, literatura, arte y música sus pensamientos y sentimientos.

Con el Departamento de Lenguas Modernas y el Instituto de Estudios Generales se introdujo un concepto de origen foráneo que aún subsiste, representado en el sistema de créditos. Este sistema tiene su contraparte criolla, las llamadas unidades de labor académica (ULA), con las cuales se le ha tratado de reemplazar. Cabe anotar que en este momento ya se ofrecían en la universidad

4 N. del E. La Facultad de Ciencias y Humanidades se creó el 11 de diciembre de 1967 mediante el Acuerdo 6 del Consejo Superior, en reemplazo del Instituto de Estudios Generales.

tres lenguas extranjeras: inglés, francés y se estaba introduciendo el alemán.

Incidentalmente, al autor del presente ensayo se le quiso expulsar de la universidad a mediados de 1966, a su regreso de Estados Unidos, luego de haber cursado estudios con comisión remunerada de la institución universitaria, con el patrocinio de la Fundación Ford. Aunque el móvil real era el odio gratuito de un alto jerarca de la universidad, se arguyó como subterfugio inaudito que Castrillón había abandonado el puesto. En un noble gesto de los colegas Ricardo Gallego, Nydia Arango, Priscilla Olsen de Grajales e Isaías Aguirre realizaron una visita al director del Instituto de Estudios Generales: el ya mencionado Humberto Gómez Osorio, en defensa de su colega bajo ataque personal por parte del influyente jerarca; el profesor panameño Troncoso se excusó de asistir a la reunión. También se presentó la decisiva intervención del tejano Simón González, a la sazón director del programa de la Fundación Ford en la universidad; González amenazó con retirar la entidad estadounidense de la universidad, y argumentó que la fundación no podía darse el lujo de invertir una considerable cantidad de dólares en la formación de un docente para que luego se lo pusiera de patitas en la calle. La valiosa solidaridad de los colegas y los razonamientos de González impidieron que se ejecutara un acto por demás injusto promovido por el ya desaparecido jerarca.



La Facultad de Ciencias y Humanidades, un compromiso (1967-1990)

Hablamos aquí de un compromiso, porque las directivas universitarias sabían del descontento estudiantil, bastante extendido, con el Instituto de Estudios Generales. Tal vez dándole estatus de facultad a la dependencia e introduciendo programas profesionales propios en ella, la tensión cedería y se evitarían probables conflictos. Esto lo entendía muy bien el médico Fernando Arias Aguirre (egresado de la Universidad de Tulane), director entonces de Estudios Generales y futuro primer decano de la nueva Facultad de Ciencias y Humanidades. El doctor Arias desempeñaría un papel protagónico hasta finales de 1969, como gran innovador e impulsor de cambios fundamentales en la Alma Mater, con tendencia a la modernización de lo que él llamó “estructura medieval de nuestra universidad”. Sabía que la jornada renovadora estaba erizada de dificultades, y en sus propias palabras:

Nadie quiere aceptar con entusiasmo la idea de la educación general y se usan argumentos que despiertan ardor y entusiasmo entre profesores y estudiantes para defender la estructura

paleolítica, afortunadamente moribunda, de nuestras instituciones de educación superior. (Fernando Arias Aguirre, *Informe Anual al Señor Rector sobre el Estado de la Facultad de Ciencias y Humanidades, 1968*)

La facultad de Ciencias y Humanidades se creó mediante el Acuerdo 06 del 11 de diciembre de 1967 (Acta N.º 113) emanado del Consejo Superior, con las firmas de Octavio Arizmendi Posada —como rector y presidente del consejo—, y de Alfredo Múnera Osorio, en calidad de secretario general. Este acuerdo fue refrendado por la Resolución 0347, emanada del Ministerio de Educación Nacional, por recomendación del Comité Administrativo del Fondo Universitario Nacional (Acuerdo 108 del 21 de noviembre de 1968). En el acuerdo se estipuló claramente que la facultad reemplazaba totalmente al instituto, con la creación de cuatro programas académicos, a saber:

1. Licenciatura en Ciencias, con especialización en Química
2. Licenciatura en Humanidades, con especialización en Antropología
3. Licenciatura en Humanidades, con especialización en Inglés
4. Carrera de Técnico de Laboratorio Químico

Como se ve claramente, el primer programa del departamento —obra también del fundador John Adams— otorgaba título en humanidades y no en idiomas, con especialización en la lengua inglesa. Ya veremos más adelante cómo se suscitó prolongada polémica entre el nuevo programa y su similar de la Facultad de Educación, del cual se consideraba duplicación innecesaria, según el criterio de algunas personas, entre ellas unos cuantos docentes al servicio del departamento.

Por estas calendas la universidad estrenaba su nuevo campus de la Calle Barranquilla con la Avenida del Ferrocarril, en las inmediaciones del Río Medellín; esa obra se debe en su mayor parte a la iniciativa y liderazgo del médico Ignacio Vélez Escobar, exdecano de la Facultad de Medicina, exrector de la Alma Mater, y figura relevante de la historia de la universidad en este período —segunda mitad del decenio de los sesenta—. La nueva facultad se localizó en el bloque 9, y el Departamento de Lenguas Modernas se ubicó en el segundo piso del Bloque 1 (tercera sede en su historia); esos recintos están ocupados en la actualidad por la Facultad de Química Farmacéutica. Al jefe John Adams se asignó la oficina actual 1-229, y la actual 1-235 pasó a ser espacio para el profesorado de idiomas; estos recintos pertenecen al costado sur del Bloque 1, mirando a la circunvalar. Ya el profesor Charles V. Ehmann había culminado su período como segundo jefe del departamento y ya había también retornado el fundador John Herbert Adams a cumplir su segundo período, y a desempeñar papel principalísimo en la organización y sistematización de la recién nacida Facultad de Ciencias y Humanidades.

La dupla Arias-Adams, con la colaboración del primer decano asociado de la recién fundada facultad, Humberto Serna Gómez (especializado en los Estados Unidos en el área de educación superior), se dio a la tarea de dotar a la nueva dependencia de una moderna estructura académico-administrativa, con la efectiva y valiosa colaboración del profesorado de Lenguas Modernas. Este departamento sirvió como paradigma para la organización de los restantes departamentos de la facultad. De paso anotamos que el profesor Adams declinó —muy sensatamente, creemos— la oferta de ocupar el cargo de decano asociado. El *zeitgeist* universitario, marcado por una acentuada xenofobia de parte de los estudiantes y un sector considerable del profesorado, hacía desaconsejable que el profesor Adams asumiera tal posición, si bien en ese momento

era quizás la persona más indicada para el cargo. En los recintos universitarios se oían comentarios tendenciosos en el sentido de que la Alma Mater se había convertido en “Alma Máster” o “Alma Míster”. Dado que había también bonanza de becas para estudios en el país del norte, con la cooperación de la Fundación Ford, representada por el ya mencionado funcionario tejano Simón González (quien tenía oficina propia en la universidad) y de la Comisión Fulbright, al Departamento de Lenguas Modernas se le anatematizó como “Departamento de Turismo” por parte de docentes de otras dependencias, en un rasgo de humor no exento de cierta amargura. En verdad, con los esfuerzos mancomunados de John Adams y del mencionado profesor González, la universidad logró remitir en vía de estudios a los Estados Unidos a algunos docentes, entre los que recordamos al licenciado Francisco Evelio Gómez Gallo, al profesor Rodrigo López de Mesa Granda, y al autor de estas cuartillas; esto en lo referente a las lenguas modernas, porque las becas también se extendieron a otras dependencias de la comunidad universitaria.

La nueva facultad y sus líderes introdujeron notables innovaciones en los sistemas de admisión, asesoría y registro de la universidad. El crecimiento acelerado de Ciencias y Humanidades en particular, y de la universidad en general llevó a la creación de la Oficina de Admisiones y Registro, como una entidad centralizada. Por la dirección de esta dependencia pasaron en un principio figuras notables como el médico Guillermo Latorre Restrepo, la educadora Socorro Escobar, la profesora Aurora Giraldo Puerta (esposa del profesor Mario Londoño Londoño, por varios años docente del departamento), y la profesora María Cristina de Ortega. También se constituyó un Comité de Elaboración de Pruebas, adscrito a Admisiones y Registro, encargado de elaborar los cuestionarios para los exámenes de admisión; los respectivos subcomités incluían cultura general, conocimientos en ciencias, aptitud matemática y aptitud verbal.

La herencia de Estudios Generales en los órdenes académico y administrativo no era propiamente halagüeña, y al profesorado de Lenguas Modernas se nos asignó la penosa e ingente tarea de remediar el caos en que se encontraba la historia académica de la mayoría de los estudiantes, para mencionar solo un aspecto. Como novedad se estableció el sistema de exámenes de clasificación, con la labor pionera de Lenguas Modernas (inglés), que se extendió luego a Español, Matemáticas y Física. Otro adelanto bastante significativo fue la introducción de la asesoría académica. De la absoluta rigidez de los programas de la universidad insular —cuando todas las materias eran obligatorias—, se pasó a la flexibilidad relativa de Estudios Generales, y se avanzó aún más con Ciencias y Humanidades. Es obvio que, al introducir la modalidad de exámenes de clasificación en algunas asignaturas, los cursos que cada estudiante debía tomar no eran uniformes. Se instauró entonces el sistema de asignar asesores para orientar al alumnado en la inscripción de cursos y la escogencia de horarios en los diferentes programas. Fue otro avance de la universidad en su andamiaje académico-administrativo. En cuanto al registro, veamos las palabras del propio decano Arias Aguirre (informe a rectoría ya citado, 1968):

En esta área se lograron también avances espectaculares. Rápidamente se implantó y superó un proceso sistemático manual de registro y una primera etapa de matrícula sistematizada usando el computador. El procedimiento, pulido y mejorado a través de la experiencia y del trabajo intenso de muchas gentes, operará en su plenitud en el primer semestre de 1969. A través de este sistema se ha podido matricular un número crecido de estudiantes en unas pocas horas y se ha hecho posible un avance dramático en la flexibilidad de currículum y de horarios.

También de Lenguas Modernas emanó el sistema de evaluación relativa o “curva”, que se extendió luego a casi toda la uni-

versidad. Debemos registrar acá la labor cumplida a este respecto por el instructor estadounidense Paul Goring, adscrito a la Facultad de Educación, quien dirigió varios seminarios sobre elaboración y análisis de ítems, pruebas cortas y cuestionarios, y los procedimientos matemáticos para determinar las notas; estos seminarios se ofrecían para todo el cuerpo docente de la universidad. En Lenguas Modernas este trabajo constituía prácticamente un ritual, y había instructores asignados para determinar la “curva” en cada nivel, con inclusión de la población estudiantil en su totalidad, y para elaborar el correspondiente gráfico que luego se exhibía en cartelera, como una verdadera obra de arte. Este sistema de medición de logros académicos estuvo en boga por algunos años y fue luego descartado, como consecuencia del rechazo de los estamentos docente y estudiantil; pues se argüía que la evaluación relativa incidía negativamente en el nivel académico.

La nueva facultad cumplió su cometido renovador, aunque las transformaciones no llegaron hasta el punto ideal deseado por los líderes de la reforma. Se derrotó la insularidad total pre-Adams, aunque posteriormente (1980), sobre todo con la división de Ciencias y Humanidades en las llamadas “trillizas” (Exactas y Naturales, Sociales, y Humanas), la insularidad tradicional recuperó parte del terreno perdido, en el sentido de que los estudiantes volvieron a ser admitidos directamente en carreras específicas. En las “Observaciones finales” del ya aludido “Informe_anual”, el decano Arias se expresa de esta guisa:

No creemos propio terminar este informe sin una nota optimista. Creemos sinceramente que se ha iniciado con firmeza la estructuración académica de la nueva Universidad de Antioquia. Creemos que se trata de un cambio irreversible que se consolidará y evolucionará hacia estadios más funcionales en el futuro inmediato. Este cambio no habría sido posible, Señor Rector, sin los siguientes requisitos:

1. Su empeño en lograr la reforma, su solidaridad y su impulso permanente.
2. El consejo juicioso del Doctor Vélez Escobar.
3. La mística y dedicación obsesiva de Humberto Serna.
4. La ayuda efectiva de John Adams en el registro y el entusiasmo contagioso de los otros Jefes de Departamento.
5. La colaboración permanente del Doctor William Agudelo y la administración.
6. El amor a la Universidad, la capacidad de trabajo y el sacrificio de horas de descanso por parte de las Secretarías de la facultad.
7. La colaboración de los buenos profesores de la Facultad.

A todos ustedes, Señor Rector y a muchos otros que sería imposible mencionar se debe el cambio que le ha dado una fisonomía propia a la Universidad de Antioquia y la ha colocado a la cabeza del concierto universitario de América Latina.



Clímax de la xenofobia y ocaso de los líderes

Estamos en la segunda administración de John Adams, ahora residenciado en el barrio Palenque Robledo. Por esta época el descontento estudiantil —xenófobo y específicamente anti-Estados Unidos— provocó la renuncia del médico Fernando Arias (a quien se identificaba con la filosofía del *college* estadounidense) y el retiro del fundador John Adams; el remezón estudiantil y profesoral también causó el eclipse de los demás líderes del cambio. En el entretanto el Instituto Lingüístico Latino Americano (ILCA) se había incorporado al pénsum de Inglés en Lenguas Modernas, y ofrecía cursos convalidables con las asignaturas regulares del departamento (inglés intermedio y avanzado, fonética, conversación y composición). Con el ILCA llegaron la instructora estadounidense Virginia Willis (luego profesora del departamento) y el profesor William Bruce Kadow, notable catedrático, un verdadero apóstol de la docencia del inglés, quien también formó parte posteriormente del personal docente del departamento. El profesor Kadow regentó su cátedra por varios años, dirigió la sección de Cursos Avanzados y Profesionales del departamento, completó los requisi-

tos para obtener la jubilación por parte de la Alma Mater, y regresó a su país de origen: Estados Unidos. El ILCA trabajaba con base en guías (ILCA Guides) y cumplió excelente labor docente en nuestro medio. También por esta época se incorporó al departamento el instructor estadounidense Roger Krakusen, de ascendencia rusa, quien se encargó primordialmente de los cursos de Historia de los Estados Unidos.

En estos momentos John Adams había logrado la aprobación oficial de la licenciatura en humanidades, con especialización en inglés, carrera que constituyó la génesis del programa 473 de la Escuela de Idiomas. En abril de 1969, el departamento se trasladó del bloque 1 a la cuarta sede de su historia, en el bloque 11. En carta enviada al autor de este ensayo (en ese entonces en vía de estudios en Seattle, Washington), Adams escribió:

Nos hemos mudado a nuestro nuevo edificio, pero muy pobremente “instalados”. El diseño completo del edificio fue una estupidez arquitectónica en primer lugar y entonces tuvimos que pasarnos con el lugar sólo parcialmente terminado.

La segunda mitad del año 1969 fue particularmente escabrosa para los abanderados del cambio estructural. Como ya lo anotamos el decano Arias Aguirre presentó su renuncia irrevocable y aceptó una oferta de trabajo de la Universidad de Kansas; el fundador Adams pasó a ocupar la dirección del Columbus School en nuestra ciudad, no sin antes gestionar el advenimiento del profesor Isaías Aguirre Ruíz como nuevo jefe del departamento, lo que efectivamente logró. Adams abrigaba la esperanza de continuar como profesor externo, para seguir vinculado a la institución que había modelado y cuya suerte siempre le interesó. En carta desde Medellín, del 8 de julio de 1969, dirigida al autor de este relato, Adams afirmaba:

Voy a posesionarme como director del Columbus School. Estoy renunciando por dos razones; los activistas estudiantiles han hecho la vida miserable para mí y el Columbus School me ofreció un salario mucho mejor. Estoy removiendo cielo y tierra para conseguir que Isaías Aguirre venga como director. Parece favorable puesto que él está definitivamente interesado. Si él viene no habrá ningún problema y puedo continuar mi conexión con el departamento como “profesor externo”.

Probablemente oíste acerca de los recientes incidentes “bochornosos” en la Universidad. Fue tal vez la huelga más violenta que haya habido. Me temo que aún no ha terminado. Estos estudiantes tienen todavía energía exuberante y con seguridad van a empezar algo más el próximo semestre.

Cabe anotar que, irónicamente, Adams era un estudioso de los movimientos estudiantiles en Hispanoamérica. En artículo publicado en la Revista de la Universidad de Antioquia (N.º 167, año 1967, pp. 359-370), con el título “La reforma universitaria de Córdoba”, Adams anotaba cómo las masas estudiantiles han sido siempre enemigas de la oligarquía, la terratenencia, el clericalismo y el militarismo. Vale la pena insertar acá el remate del artículo:

Es probable que éste haya sido el más extensivo de todos los movimientos reformistas en Hispanoamérica. Su logro más significativo ha sido la apertura de la universidad a la clase media y a las clases populares. Se inspiró en el idealismo de la generación de 1837 y desde que tomó forma, sus ideales, tácticas y entusiasmo ha continuado hasta el presente. Para verificarlo, es suficiente con tomar nota de los recientes acontecimientos en algunas universidades latinoamericanas, y especialmente en las de la Argentina.

Así se marchó físicamente del departamento y de la universidad John Herbert Adams, porque sus intenciones de convertirse

en docente de cátedra jamás se cristalizaron, pero su labor constructiva permanece con nosotros. Creemos que su paso por la universidad dejó una huella imperecedera y que su imagen estará siempre conectada con los conceptos de departamentalización y modernización. Supo cumplir a lo grande y juzgamos que siempre ocupará un sitio de honor en los fastos de nuestra magna universidad, como protagonista de cambios trascendentales.



Jefes criollos: laboratorio y experimentación

El decenio de los sesenta, como hemos visto, fue el período de los jefes estadounidenses, con el predominio del fundador Adams y la administración intermedia de Charles V. Ehmann. Desde entonces y hasta el presente no ha habido otro jefe angloparlante nativo. Antes de finalizar 1969 el departamento ya tenía su primer director criollo, el profesor Isaías Aguirre Ruiz, ya mencionado. Isaías había culminado estudios superiores en los Estados Unidos y llegó a la dependencia animado de las mejores intenciones. Sobra decir que el personal docente se había acrecentado, y ya se contaba con los servicios de Amelia Uechek, Esther Arias de Restrepo, Carlos Enrique Gil Atehortúa, Jesús Berdugo Grass y Eva Zimmermann Sonnabend (futura esposa del recién llegado primer jefe colombiano). Casi todos estos nuevos docentes eran egresados del programa de Idiomas de la Facultad de Educación, como la gran mayoría de los instructores que habrían de ingresar en el futuro. Por la secretaría habían pasado las señoritas Ruth Velásquez y Esperanza Grajales, y el cargo lo desempeñaba la señorita Rosario Pardo del Corral. Le correspondió al jefe Isaías

Aguirre adelantar gestiones para la adquisición del laboratorio de idiomas con la firma estadounidense fabricante de equipos electrónicos Raytheon. Nuevamente aquí aflora la figura de Ricardo Gallego Cárdenas, primer director del mencionado laboratorio, a quien le correspondió elaborar las primeras programaciones y participó activamente en la instalación e implementación de esta valiosa ayuda educativa.

Como colaborador del profesor Gallego, fue nombrado el señor Guillermo García Galeano, técnico en electrónica. La nueva unidad docente también exigía el concurso de monitores, seleccionados entre los mejores estudiantes del programa de Idiomas, para desempeñar actividades específicas inherentes al funcionamiento de la unidad. El laboratorio funcionaba en dos modalidades: *broadcast* (emisión) y *library* (fonoteca o “cintoteca”). Con la primera se transmitía un programa común para un cierto número de estudiantes; mediante la segunda cada estudiante podía escuchar aisladamente un programa específico, *ad libitum*. Los equipos ocuparon dos salas, llamadas laboratorios uno y dos, además de un espacio separado para grabaciones. Un recinto separado se destinó como taller, para reparaciones y labores de mantenimiento. Cabe anotar que antes del Laboratorio de Idiomas funcionó un Departamento de Ayudas Audiovisuales, al servicio de toda la comunidad universitaria, dirigido por el ya mencionado profesor panameño Gustavo Troncoso. También es preciso mencionar acá que parte de los equipos enviados por la firma Raytheon fueron cedidos a la Emisora Cultural de la universidad.

Desviemos un poco la mirada del acontecer interno de la dependencia y echemos un vistazo a otros asuntos referentes a la situación general de la Alma Mater en este primer quinquenio de los setenta. Podría pensarse que, con la renuncia de personajes importantes, en las postrimerías del decenio anterior, la situación turbulenta y de agitación estudiantil amainaría. Pero no fue así.

El descontento del alumnado y de una buena parte del cuerpo docente continuaba arceciendo. En un momento dado los instructores estadounidenses al servicio de la Alma Mater pudieron haberse considerado blanco efectivo de la agitación universitaria. El profesor Paul A. Goring (mencionado atrás), catedrático de Evaluación Educativa consideró oportuno tomar la iniciativa y se permitió citar a reunión de carácter informal; dicha reunión tendría lugar en la oficina 12-235 a las 3 p.m., del día 4 de febrero de 1970. Entre los citados figuraban Charles Smith, William Kadow, Dorothy Meiggs, John Greene, Pamela Burke, Richard Kitchen, Priscilla Olsen de Grajales, Virginia Willis (todos del Departamento de Lenguas Modernas), además de Robert Ferguson, Juanita Carnahan, Richard Pelczar, Ted Bretton y Luis Cora (adscritos a otras dependencias). No obstante, la mayoría de estos docentes foráneos no se consideraba personalmente amenazada por el movimiento del alumnado, y por lo tanto hubo muy poca acogida a la gestión del profesor Goring.

Por estas calendas también, la universidad consideró oportuno reglamentar y sistematizar la inclusión y ascenso de los instructores en el escalafón docente. Se creó entonces la Junta Central de Jerarquía Docente para toda la universidad. En las distintas dependencias funcionarían organismos asesores. En el caso de la Facultad de Ciencias y Humanidades se creó el llamado Consejo Consultivo, presidido por el decano asociado, con participación de algunos jefes de departamento, y con representación profesoral.

Mientras tanto en el Departamento de Lenguas Modernas el profesor Aguirre, con el propósito de mejorar la enseñanza, estableció los fundamentos y la implementación del llamado *team teaching* (enseñanza de equipo) para los cursos básicos iniciales de inglés. Utilizando la ya mencionada serie de Michigan (de los autores Lado y Fries), la nueva modalidad dividía la enseñanza en tres partes fundamentales: pronunciación, patrones gramaticales

les y práctica de patrones, cada una con su respectivo instructor. (Debemos aclarar, entre paréntesis, que a Isaías no le correspondió poner en práctica el sistema, puesto que fue promovido a la decanatura asociada, como veremos enseguida.) La sección de fonética o pronunciación (el “libro amarillo”) le correspondió a la profesora Nydia Arango Mesa; en la parte de patrones (el “libro verde”) se desempeñaron los docentes Rodrigo López de Mesa y Eva Zimmermann; completaba el cuadro en práctica de patrones (el “libro rojo”) la instructora estadounidense Pamela Burke. Entre la acogida y oposición de docentes y estudiantes, el nuevo sistema funcionó por algún tiempo y fue luego descartado. De todos modos, fue un esfuerzo innovador que no corrió con buena suerte (víctima quizás de las discrepancias de tipo personal que por largos años plagaron la dependencia), como tampoco tuvo buena estrella el sistema de bloques (que mencionaremos más adelante), instaurados en la siguiente jefatura criolla.

Como se mencionó, Isaías Aguirre estaba destinado a ocupar una posición más relevante. Su paso efímero por la jefatura de Lenguas Modernas se interrumpió a principios de 1970 cuando el nuevo decano de Ciencias y Humanidades, el médico Guillermo Latorre Restrepo, escogió a Isaías para que lo acompañara en su gestión, en calidad de decano asociado.

Como nuevo jefe de Lenguas Modernas fue nombrado Marino Castrillón Tangarife, quien acababa de regresar de la Universidad de Washington en Seattle, luego de terminar estudios en el área de literatura y civilización angloestadounidense. El período que le correspondió a este segundo jefe criollo fue especialmente tormentoso, por circunstancias adversas intra y extra departamentales. Durante muchos años todos los jefes del departamento tuvieron —infortunadamente diríamos— lo que podríamos llamar “oposición reflexiva” (utilizando un término muy en boga hasta hace poco) por parte de algún sector del profesorado. El fundador Adams

la tuvo, tanto a nivel de facultades como en el Liceo Antioqueño; además, años después de la partida de Adams hacia los Estados Unidos, un exprofesor nos comentaba que no se había opuesto abiertamente a las políticas de Adams porque el carácter bien cimentado de lo que este profesor (ya desaparecido) consideraba autocracia, no hacía aconsejable ningún tipo de rebelión manifiesta. En tiempos de Ehmann los procedimientos de la jefatura gozaban de la total aprobación del profesor panameño Troncoso Ferrari (quien funcionaba como una especie de subjefe, coordinador de enseñanza y en algún momento director interino) pero no eran tan bien acogidos por la mayoría del cuerpo docente, que poco o nada tenía que ver con la dirigencia de la dependencia. En la breve administración de Isaías Aguirre existió cierto descontento entre algunos docentes con base en el presupuesto, real o imaginario, de que el jefe no daba participación equitativa a todos los sectores del profesorado en la conducción de la dependencia. Esa división que se había gestado de tiempo atrás se recrudeció en el período de Marino Castrillón; continuó en la administración de Rubén Darío Julio Casadiego; prosiguió en la jefatura del Alfonso Puello Villa y solamente vino a amainar con el acceso a la dirección de la profesora Eva Zimmermann de Aguirre, después de una serie de escaramuzas académico-político-personales que culminaron más o menos cuando el profesor Édgar León Vélez Arenas (hacia 1980) invitó en reunión general a “todos los buenos anapistas de este departamento” (palabras textuales) a que olvidaran las rencillas, y se dedicaran en un esfuerzo mancomunado a trabajar por el mejor estar académico-administrativo y de relaciones humanas de la dependencia, en aras del bienestar y progreso de profesores y estudiantes. La propuesta de unión y armonía halló eco en el profesor sanandresano Okley Forbes Brian, uno de los docentes de entonces que exhibía ciertas condiciones de liderazgo.

Durante la primera mitad del decenio de los setenta la universidad estuvo supremamente convulsionada por consideraciones de

tipo ideológico y político. Las rectorías de los médicos William Rojas y Luis Fernando Duque Ramírez se constituyeron en blanco de tremenda oposición por parte de los estamentos docente y estudiantil. Los rectores poseían atribuciones especiales que les permitían tomar decisiones (consideradas autocráticas por aquel entonces) y promulgarlas como resoluciones rectorales. Por esta época se efectuó la expulsión de algunos docentes que no tenían título universitario, lo que contribuyó a inflamar aún más el descontento.

Mientras tanto la Asociación de Profesores continuaba con su lucha por cambios estructurales y conquistas gremiales. Ya se había producido la secesión de algunos docentes que no comulgaban con los postulados y procedimientos de la entidad, y habían formado una asociación disidente con la creación de ASDUA (Asociación de Docentes de la Universidad de Antioquia). Por esta época crucial la Asociación de Profesores propuso la creación de los llamados claustros en las distintas dependencias. Lenguas Modernas entró en la moda y constituyó su primer claustro, coordinado por los docentes Jesús Berdugo Grass y Carlos Enrique Gil Atehortúa. En junio de 1971 el claustro, al igual que otras dependencias universitarias, produjo un informe sobre la problemática de la Alma Mater para las comunidades universitarias y extrauniversitarias. El informe presentaba un diagnóstico global de la universidad y formulaba propuestas para superar la crisis y engrandecer la Alma Mater, en beneficio de sus estamentos básicos y de la comunidad en general. El informe abogaba primordialmente por cambios en la estructura de gobierno, mayor autonomía universitaria, adecuada financiación estatal, acortamiento de la distancia entre el pueblo y la universidad, vigilancia sobre los préstamos del extranjero (verdaderos contratos leoninos), real libertad de cátedra, integración de los egresados al quehacer universitario, y fortalecimiento de la investigación.

En el entretanto se instauró en el departamento la modalidad de cursos en bloque para alumnos de Idiomas, con lo cual ya se apuntaba hacia una separación de los alumnos de las licenciaturas en Idiomas del resto de los estudiantes de la mayoría de los programas. El sistema de bloques propendía por la intensificación de los cursos de inglés en los primeros semestres de los programas (la licenciatura en Idiomas de la Facultad de Educación —número 63— y la licenciatura propia —número 54—). La etapa inicial —llamada Bloque I— incluía los tres primeros niveles básicos de entonces (L-101, L-102 y L-201); la segunda etapa —Bloque II— abarcaba dos niveles intermedios (L-202 y L-203). El sistema se implantó y funcionó por unos dos años y luego se descartó, para retornar a los cursos tradicionales. No es infundada la idea de que los dos experimentos implementados por jefaturas criollas, *team teaching* y sistemas de bloques, hubieran encontrado terreno desfavorable en la infortunada y lamentable división interna del profesorado. Así como hubo en nuestra historia nacional una “Patria Boba” malhadadamente dividida y desacertada que facilitó la reconquista española, pudo haberse llamado el largo período de discrepancias en Lenguas Modernas “Departamento Bobo”, también a causa de disparidades internas tan irracionales como improductivas.

Por este entonces los recursos humanos de la dependencia continuaban su expansión. Habían ingresado los instructores Mariela Aguirre Cuartas, Germán Álvarez Montoya, Ramiro Arias Duque, Conrado Bedoya Cardona, Janet Elisabeth Fawcett, Patricia Bejarano de Fisher, Martha Alicia González Maya, Gloria Idárraga Ortiz, Mario Londoño Londoño, Nancy de Munn, José Uriel Muñoz Sánchez, Néstor Osorio Velásquez, Robert Parsons, Hildebrando Piedrahíta Zapata, Ramiro Restrepo Marín, Óscar Rivera Estrada, Merle Anne Roizen, Luz Morelia Vanegas, Gonzalo Velásquez Palacio, Édgar León Vélez Arenas, Gustavo Zapata Giraldo. El sucesor de Fernando Arias Aguirre en la decanatura de Ciencias y Humanidades, el médico Guillermo Latorre Restrepo, había

renunciado y en su lugar fue nombrado el profesor Alberto Vélez del Departamento de Sociales; como decano asociado asumió el profesor Nelson Londoño Santamaría y el profesor Isaías Aguirre retornó al departamento a ejercer la docencia por un corto tiempo (posteriormente Isaías renunció a la universidad para dedicarse a sus asuntos particulares). El profesor Javier Escobar estuvo asimismo dictando cursos de inglés en el departamento. El crecimiento del departamento en todos sus órdenes hizo necesaria la adición de una secretaria auxiliar. Ya la señorita Rosario Pardo del Corral había emigrado hacia el Columbus School, llamada por su exjefe John Adams. Las plazas de secretarías estaban ocupadas por las señoritas Olga Gil Domínguez y Rosana Escobar Zuluaga. La señorita Gil Domínguez optó posteriormente al título de Licenciada en Idiomas de la Facultad de Educación y se vinculó al personal docente del departamento.

La división interna del departamento llegó a su apogeo y superó las fronteras de la dependencia cuando un grupo de profesores se constituyó en claustro alterno. Así las divergencias se salieron del campo académico-administrativo-personal y penetraron en el terreno político y gremial; en efecto, el 20 de abril de 1972 un sector del profesorado —opuesto a la gestión de Marino Castriellón— cursó comunicación a la Asociación de Profesores en la que declaraban su intención de constituirse en claustro independiente y proponían como coordinadores a los docentes Ricardo Gallego Cárdenas y Amelia Uechek de Torres. En realidad, la historia del claustro de Lenguas Modernas presenta algunos matices folclóricos. En realidad, no se sabe si en el momento de la secesión de ocho docentes que constituían “rancho aparte” había o no claustro en la dependencia. Lo cierto es que el departamento, si bien se interesaba por cuestiones políticas y gremiales y contaba con líderes e ideólogos, es quizá la dependencia más apolítica que tuvo la extinta Facultad de Ciencias y Humanidades.

En el entretanto el trabajo académico en los departamentos había aumentado considerablemente, lo que obligó a la creación de secciones en los mismos, con sus respectivos jefes. El decano Guillermo Latorre ya se había ocupado del asunto mediante resolución promulgada el 24 de noviembre de 1969. En el artículo 2° de la parte resolutive se estipulaban los requisitos para el reconocimiento oficial de una sección:

- a. Estar conformada al menos por el jefe y tres profesores, todos ellos de tiempo completo, o su equivalente.
- b. Presentar programas concretos de docencia, investigación, extensión y poseer las dotaciones necesarias para desarrollar los mismos.
- c. Representar en conjunto una entidad homogénea real en los campos docente, administrativo o investigativo.

Sin embargo, el reconocimiento oficial por parte del Consejo Directivo tardó casi un año en producirse. El Acuerdo 24 del 3 de noviembre de 1970 es una copia casi literal del texto concebido por Latorre y otorgó sanción oficial a una situación que ya venía de facto funcionando en los departamentos de la facultad. Por esas calendas ocupaba la rectoría Samuel Syro Giraldo y la secretaría general Efraín Vélez Maya, a quienes les correspondió firmar el citado acuerdo. Los jefes de sección conformaron entonces los consejos normativos en cada departamento, asesores de la dirección. En el caso de Lenguas Modernas las secciones eran L-101 (Inglés Elemental I), L-102 (Inglés Elemental II), L-201 (Inglés Intermedio I), y L-202 y 203 (Cursos Avanzados). Los cursos profesionales de la dependencia funcionaron casi siempre como ruedas sueltas. Los idiomas francés, italiano y alemán conformaban una no reconocida, con un coordinador; solamente después de 1975 estos últimos idiomas conformaron una sección legalmente reconocida.

Por esta época el programa propio del departamento —sustentado con el presupuesto de que no todos los estudiantes de idiomas buscaban necesariamente convertirse en instructores se constituyó en blanco de críticas dentro y fuera de la dependencia. Los alumnos del programa tenían una especie de slogan propio: “*We don’t wanna be teachers*” (No queremos ser profesores). Los detractores de nuestra licenciatura la consideraban duplicación innecesaria del programa afín de Educación. Con el fin de establecer diferencias curriculares con el programa de la Facultad de Educación se diseñó un plan de estudios que incluía asignaturas como Fundamentos de Matemáticas, Estadística Descriptiva, Contabilidad, Geografía de Colombia (dos cursos), Inglés Comercial I y II; hasta se buscó instaurar un curso propio llamado Fundamentos de Administración (L-453), que nunca vio la luz del día. Estas materias figuraban en el plan de estudios de 1974. El departamento contaba con el estadounidense Charles Alvin Smith, capacitado para manejar cursos de inglés comercial y hasta de taquigrafía inglesa; también se tenía el concurso de la profesora Luz Morelia Vanegas Lopera para las mismas asignaturas. Lo paradójico del caso fue que la Facultad de Educación incluyó en su licenciatura los dos cursos de inglés comercial del departamento, lo que mandó al traste parcialmente los esfuerzos de diferenciación del departamento. También con base en la presencia del profesor Smith y de la profesora Vanegas (egresada del Rider College de New York, con especialización en inglés comercial) se pensó hasta en la probable creación de un programa de secretariado bilingüe inglés-español. La idea se debatió por algún tiempo y finalmente se archivó; pues por la xenofobia reinante en la universidad, el proyecto “no tenía ni cinco riesgos”, como se dice en buen antioqueño. De todas maneras, hacia 1972, egresaron los primeros licenciados de nuestro programa propio, que ahora confería el título de Licenciado de Idiomas; la primera titulada fue Sara Inés Gómez Bohórquez, y

siguieron Martha Betty Velásquez Ríos, Amando Fériz Perdomo y Priscilla Olsen de Grajales.

Al comienzo del decenio de los setenta, el departamento cambió la tradicional serie de Michigan de Lado y Fries, por la nueva serie de Robert Lado. El director Marino Castrillón y el profesor Mario Londoño Londoño asistieron a un seminario en Bogotá, con la presencia del lingüista estadounidense Robert Lado, autor de la nueva serie, y presentaron a su regreso un informe que incluía una entrevista con el profesor Lado. Después de otros informes suministrados por los profesores Charles Alvin Smith, Francisco Evelio Gómez Gallo y John Greene, se procedió a efectuar el cambio.

Mediante el oficio identificado como 346 C. D. del 11 de abril de 1972, se recordó a los jefes de departamento que su período era de un año a partir de la fecha de posesión. Como la mayoría de los jefes llevábamos ya dos años o más, se presentó la renuncia protocolaria masiva ante el decano Alberto Vélez Arroyave, para que este la tramitara ante el Consejo Directivo. Los renunciantes éramos Darío Mazo Gómez (español), Jairo González (química), Gabriel Roldán (biología), Juan Guillermo Isaza (humanidades), Samuel Vélez (matemáticas), Alfonso Lopera (ciencias de la comunicación) y Marino Castrillón (lenguas modernas). La renuncia, no obstante, no se hizo efectiva. Algunos de estos jefes continuamos al frente de las dependencias, prácticamente con carácter de interinidad. Mediante Resolución Rectoral N.º 464 del 10 de julio de 1973, el rector Luis Fernando Duque Ramírez confirmó o ratificó a los interinos o encargados. Los departamentos de Biología, Humanidades y Lenguas Modernas continuaron con los mismos jefes que acabamos de mencionar.

Mencionemos ahora otros hechos acaecidos por esta misma época. La universidad, en su afán de mejorar y racionalizar la labor de las secretarías, creó el llamado Centro Mecnográfico, en el cual ubicó a un buen número de secretarías bajo la dirección de

don Julio Pareja. Esto significaba la reducción de secretarías en los departamentos, de dos a una; en el caso de Lenguas Modernas, considerando que el material se manejaba en lenguas extranjeras, se permitió la conservación de las secretarías ejecutiva y auxiliar. Como secretaria auxiliar en nuestra dependencia laboró por algún tiempo —*ad honorem* y sin nombramiento oficial— la señorita Marta Gallego Mosquera, hija del profesor Ricardo Gallego. La señorita Gallego prestó sus servicios con especial abnegación y excelente voluntad, y finalmente la Alma Mater decidió hacerle el correspondiente reconocimiento en dinero, aunque Marta jamás solicitó remuneración monetaria. Finalmente, anotemos que el departamento organizó por esta época su propia biblioteca especializada; también se procedió a la elaboración de un afiche o volante de la licenciatura en idiomas del departamento.

Marino Castrillón terminó su largo y accidentado período a fines de 1974. Fue el último de los jefes nombrado directamente por las instancias superiores, porque a partir de entonces al profesorado se le permitió participar en la escogencia de sus directivos. Por estas calendas la Asociación de Profesores, acaudillada por el extinto médico Héctor Abad Gómez daba parte de victoria; también se cumplían la llegada de Alfonso López Michelsen a la presidencia de la república, los comienzos de la labor de Hernando Durán Dussán como ministro de Educación, el nombramiento de Luis Eduardo Mesa Velásquez para la rectoría de la Alma Mater, y el acceso de varios de los líderes del movimiento profesoral a posiciones directivas en el aparato administrativo de la universidad. Con el apoyo de la mayoría de los docentes del Departamento de Lenguas Modernas fue nombrado el profesor Rubén Darío Julio Casadiego —santandereano de nacimiento y proveniente del Departamento de Español— como nuevo jefe de la dependencia; Rubén Darío era algo así como una especie de primer “alcalde popular”, hablando en sentido figurado.



El elemento extranjero: xenofilia en tono menor

La presencia y participación de instituciones y personal foráneos han corrido con altibajos en los anales del departamento y de la universidad. Ya hemos mencionado el concurso de fundaciones estadounidenses como la Fulbright, la Ford, y la Rockefeller. También esbozamos brevemente el papel de los institutos internacionales como el Colombo-Americano, la Alianza Francesa, el Instituto Goethe y el Instituto Colombo-Europeo; debemos agregar que el Colombo-Americano nos ha suministrado a título gratuito ejemplares de un texto de historia de la gran nación del norte, titulado *Heritage of Freedom*, y de literatura del mismo país, con el título *Highlights of American Literature*, además de diversos folletos y revistas de tipo cultural y artístico. No obstante, podemos afirmar que en términos generales los nexos del departamento y de la universidad con esos institutos hayan sufrido evidente menoscabo, si los comparamos con relaciones e intercambios más estrechos de otrora. Baste decir, verbigracia, que hace bastantes años no tenemos a un instructor de francés aportado directamente por la Alianza Francesa, como ocurría en épocas

anteriores. En otras palabras, lo que en un principio fue relación interinstitucional queda ahora reducido, si acaso, a participación a nivel personal. También hicimos alusión al Instituto Lingüístico Colombo-Americano (ILCA), del cual nos queda apenas la sombra de un recuerdo.

En 1968 vinieron a la Universidad de Antioquia el profesor ibero Francisco Herrera y Sánchez y el profesor colombiano Pablo González Rodas, este último egresado de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia y a la sazón catedrático de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de West Virginia; ambos venían en representación del programa de Estudios del Área Latinoamericana de la susodicha universidad estadounidense, con sede en Morgantown. Hicieron contactos con el entonces decano de Ciencias y Humanidades, Fernando Arias Aguirre, y con el jefe del Departamento de Lenguas Modernas, John Herbert Adams. Se acordó establecer intercambio educativo; la Universidad de Antioquia enviaría instructores de español a West Virginia, quienes de paso cumplirían estudios conducentes al grado de máster en español con segunda especialización en inglés; la Universidad de West Virginia remitiría asistentes de docencia (*teaching fellows*) a la Universidad de Antioquia a proseguir estudios en español o en estudios latinoamericanos. Además de Arias y Adams suscribió el acuerdo el jurisperito Lucrecio Jaramillo Vélez en calidad de rector de la Alma Mater; por parte de West Virginia firmaron Carl M. Frasure —decano de la Facultad de Ciencias y Humanidades— y Robert Stilwell —jefe del Departamento de Lenguas Extranjeras—, además del mencionado profesor español Francisco Herrera y Sánchez. La firma del acuerdo se protocolizó a fines de 1968, con intención de que el programa de intercambio entrara en vigencia en septiembre de 1969, iniciación del período lectivo en el país del norte.

Como se ve, el intercambio cobijaba a nuestros departamentos de Español y de Lenguas Modernas; entre los beneficiarios del último se cuentan los actuales profesores Oscar Rivera Estrada y Néstor Osorio Velásquez, además de la profesora Marta Alicia González Maya, ahora al servicio de la Universidad del Quindío; del Departamento de Español viajaron a Morgantown Priscilla Torres, Rubén Darío Julio y Ramón Darío Jáuregui; también se intercaló en el programa el notable poeta y profesor José Manuel Arango, adscrito en ese entonces al Departamento de Filosofía. De West Virginia llegaron al Departamento de Lenguas Modernas instructores como Robert Parsons, Richard Kitchen, Leonardo Polit (de nacionalidad ecuatoriana), Joanne Klabano, Janice Cozart, Annie Berk, Nettie Horne, Marta Cook, John Harsan y Joseph Kochalka. (Recordamos *in passim* a un mecenas criollo, el doctor Cock, quien gentilmente ofrecía alojamiento a algunos de los visitantes de West Virginia en su residencia de El Poblado.)

Infortunadamente, el periodo durante el cual funcionó el intercambio de West Virginia no era el más favorable, debido a la turbulencia e inestabilidad de la Alma Mater con sus paros y conflictos estudiantiles. Por esta razón, primordialmente, los directivos de West Virginia decidieron retirar el programa de nuestra universidad, aduciendo que se había convertido en real pérdida de tiempo para sus estudiantes, y que otras universidades colombianas con mayor calma y regularidad académicas buscaban establecer el intercambio. Es que la xenofilia en nuestra Alma Mater se da en tono bemol menor, mientras que la xenofobia se ejecuta en tono sostenido mayor, para expresarlo en términos musicales.

El Reino Unido también colaboró con la Universidad de Antioquia, sin contraprestación institucional. El vos (Voluntaries Overseas Service o Servicio de Voluntariado de Ultramar) nos envió durante algunos años instructores al departamento; entre ellos recordamos a Roger Brew, quien se dedicó entre otras cosas

a estudiar la historia de Antioquia, y empleó tiempo considerable sumergido en los archivos de la antigua gobernación de la calle Calibío; a Colin Pierce y a Janet Elisabeth Fawcett, valiosos elementos en lo tocante a la enseñanza de cursos profesionales en el departamento. Esta contribución de la Gran Bretaña se suspendió promediando el decenio de los setenta.

Algunos de los profesores extranjeros han venido como representantes de entidades y otros han llegado a título personal. Entre estos últimos se encuentran el estadounidense Denis Caulkin, quien laboró por un breve período entre 1970 y 1971; el británico Ralph Lindsay, quien dictó cursos de Historia de Inglaterra en los albores del departamento; el colombo-escocés Andrew Davidson Olarte, autor de una interesante crónica sobre Inglaterra en el periodo feudal; Dorothy Meiggs, estadounidense, profesora de inglés intermedio y avanzado; Nancy de Munn, Ph. D. de la Universidad de Rhode Island; Merle Anne Roizen, Máster de Artes de la Sorbona, también nacida en los Estados Unidos, quien compiló un texto de conversación inglesa para el departamento; el estadounidense John Greene, quien desempeñó la jefatura de L-201; Ann de Fernández, también nativa del país del norte; la profesora Gayle Blauvelt, estadounidense, profesora de inglés avanzado; la colega italiana Laura Cannas de Lombana, doctora en Filosofía y letras de la Universidad de Florencia, a quien le ha tocado vivir casi toda la historia del departamento: Guy Marie Brutus Wroy, procedente de Haití y egresado de la Facultad de Educación, quien se desempeñó en la cátedra de francés; la profesora chilena de ancestro alemán Cristina Frodden, quien desempeñó la jefatura del departamento; la profesora Natalia Dolgoborodova, nativa de Rusia, instructora de ruso y de cursos profesionales de inglés; la germana Hilde Bield, profesora de alemán elemental por un breve lapso, mediante contrato; un instructor japonés, quien dictó cursos elementales de su lengua

nativa por un corto periodo; la francesa Dominique Vandeville, quien permaneció corto tiempo entre nosotros; la profesora Daniela Musialek, también de nacionalidad francesa, instructora de cursos profesionales. Otros profesores ya mencionados como el mejicano Roberto Yáñez, el ecuatoriano Leonardo Polit, el panameño Gustavo Troncoso, amén de los que infortunadamente pudiera no recordar en el momento, conformaron un notable mosaico de catedráticos cosmopolitas, otro factor que hizo de Lenguas Modernas un departamento *sui generis* en el concierto de dependencias de la Alma Mater.

Entre estos docentes foráneos hubo verdaderos apóstoles de su oficio, como los estadounidenses Priscilla Olsen de Grajales y Willian Bruce Kadow; otros exhibieron excelentes dotes, como también los hubo regulares y mediocres. Más aún, unos pocos llegaron a convertirse en verdaderos dolores de cabeza para las administraciones, sus colegas y sus alumnos, aunque estos reales lastres solo representan una pequeña minoría. Estamos seguros de que en un último análisis de colegas venidos de naciones extranjeras han contribuido con su labor para el engrandecimiento de la dependencia y han abierto nuevos horizontes para el futuro de la misma.

Retornando brevemente al caso del intercambio con West Virginia, anotemos que algunos becarios de la Alma Mater se quejaron del tratamiento recibido en Morgantown. Mientras que los enviados por West Virginia disfrutaban entre nosotros de todos los derechos atinentes a un profesor (asistencia a reuniones con derecho a voz y voto, sueldo completo y asistencia médica) a los instructores enviados por la Alma Mater no se les brindaban las mismas prerrogativas en el país del norte; no podían asistir a reuniones de profesores ni se les pagaba salario igual al de sus correspondientes estadounidenses ni contaban con atención en salud.

Viraje político: “cavernas” y “consecuentes” (1975-)

Promediando el decenio de los setenta, ya había pasado por la decanatura de Ciencias y Humanidades el profesor Jairo González García, del departamento de Química. De la rectoría se había despedido el médico Luis Fernando Duque Ramírez, y de la secretaría general, el profesor Hernando Sánchez Eusse, quien por varios años fue director del Liceo Antioqueño. Con el paso del último régimen del Frente Nacional a la presidencia de la república, encarnado en el conservador Misael Pastrana Borrero al mandato de un liberal que se decía revolucionario, Alfonso López Michelsen, el panorama político de la Alma Mater se transformó radicalmente. Para muchos el éxito del movimiento profesoral orientado por la Asociación de Profesores se debía enteramente a razones internas o a “condiciones coyunturales al interior del claustro universitario”; para otros la fuerza principal seguía viniendo de afuera. Simplemente el candidato López triunfó en las elecciones nacionales y el sistema que preconizaba llegó a la universidad, o sea que todo se sustentaba en un poder extrauniversitario, el gobierno central.

En la universidad hubo un saludable viraje hacia la izquierda, en opinión de amplios sectores del profesorado; otros pensaban que se había operado la entronización de una especie de fiebre izquierdistoide. Es innegable que por la universidad han desfilado verdaderos líderes de avanzada, los sacrificados Leonardo Betancur y Luis Fernando Vélez —a manera de ejemplo— como también ha habido no pocos oportunistas o pescadores de río revuelto que se han aprovechado de las circunstancias para acceder a ciertas posiciones y aparentar lo que realmente no son. Entre bastidores se comentaba que el nuevo régimen daba preponderancia excesiva al aspecto politiquero, mientras soslayaba los órdenes administrativo

y académico. Se decía que la condición *sine qua non* de los catedráticos era el estar “políticamente estructurados”. Los docentes estaban en su gran mayoría afiliados a la Asociación de Profesores, mientras que ASDUA contaba con una minoría de militantes, y había quienes no pertenecían a ninguna asociación, los llamados independientes. A los afiliados a ASDUA y a los independientes se les colgó el sambenito de “cavernas”, mientras que quienes se decían de avanzada y pertenecían a la Asociación de Profesores se autodenominaban “consecuentes”. Luego de que la fiebre politiquera pasó y la orgía triunfalista amainó, el término “consecuente” desapareció de la jerga universitaria y las condiciones académicas e intelectuales de los profesores volvieron a primar sobre otras consideraciones netamente politiqueras o pseudoizquierdistas. Aparte de opiniones encontradas lo que sí fue una realidad palpable es que de ahí en adelante los estamentos profesoral y estudiantil iban a tener mayor participación en la escogencia de directivos universitarios y en el quehacer académico-administrativo. También desapareció de la faz de la universidad el poder omnímodo ejercido a veces por sus primeras autoridades.

Diversificación: reforma significativa

Mencionemos ahora sumariamente la suerte de las diversas lenguas extranjeras hasta el momento. La preponderancia del inglés siempre ha sido abrumadora, tanto en niveles elementales y de servicio como en asignaturas intermedias, avanzadas, profesionales y de tipo cultural (historias y literaturas), mientras que el francés ha sido la segunda lengua más importante. De tiempo atrás, la Licenciatura de Idiomas de la Facultad de Educación y otros programas habían incluido niveles elementales de francés en sus pñsums. Con la implementación de la licenciatura propia del departamento fueron surgiendo poco a poco niveles intermedios,

avanzados, profesionales y de orientación cultural (historia y literatura de Francia). Otros idiomas, infortunadamente, no pasaron de niveles elementales —como en el caso del italiano— siempre a cargo de la ya nombrada profesora Laura Cannas de Lombana. En alemán se llegó a dictar una vez el nivel intermedio I, pero no se pasó de ahí; esta lengua y el italiano mantuvieron una precaria supervivencia. Asimismo, un estudiante libanés estuvo alguna vez dictando clases de árabe al fallecido don Rafael Posada Morales. En este mismo decenio de los setentas hubo un entusiasmo pasajero por el ruso: se adquirieron textos, se dictaron los primeros cursos; luego se abolió este idioma eslavo y nunca más ha vuelto a intentarse su reaparición. Como se anotó antes, el instructor japonés Kenji Soejima dictó por algún tiempo clases del idioma nipón, pero esto tampoco pasó a mayores. Desde los albores del departamento el esperanto tuvo también su apogeo pasajero; el profesor Jaime Mercado Pacheco, otro de los catedráticos a quien le tocó vivir la historia primigenia de la dependencia, y el autor de este ensayo —entre otros entusiastas— trataron de darle impulso al idioma artificial de Zamenhof, pero el interés esperantista fue gradualmente disminuyendo, y hoy en día ya casi nadie menciona siquiera esta lengua en el ámbito universitario.⁵ Vale la pena anotar también que en la jefatura de Marino Castrillón se trató de imprimirle importancia a lenguas diferentes de la inglesa; se cursó un memorando a los diferentes directores de programas para que incluyeran lenguas distintas a la inglesa. La idea no halló eco. El profesor Ricardo Gallego, entre otras cosas, comentaba que el jefe

5 *N. del E.* Con el fin de dar un estatus diferenciado a otras lenguas diferentes del inglés y el francés, se creó el programa Multilingua, mediante acta 0103 del consejo académico del 28 de octubre de 1997, como parte de una estrategia de internacionalización de la universidad. El programa se dirige a estudiantes de pregrado de la universidad y, en menor medida, a empleados y jubilados de la Universidad.

del departamento estaba afectado de “complejo mesiánico”. A lo mejor Ricardo tenía razón, sobre todo si se tiene en cuenta que se soñaba con interesar a las autoridades nacionales en un proyecto de eliminación del monocultivo del inglés, comenzando desde la escuela primaria.

Por esas calendas se suscitaron tendencias hacia un cambio radical en la enseñanza del inglés, para programas diferentes a las licenciaturas en idiomas. Hasta este momento la enseñanza impartida buscaba el aprendizaje integral de la lengua extranjera, abarcando las cuatro habilidades básicas de hablar, entender, leer y escribir. Algunos directores de programas ya apuntaban hacia una habilidad específica, la comprensión de lectura, con eliminación de los aspectos fonéticos. En este sentido, más o menos, se pronunció el médico David Botero Ramos, jefe del Departamento de Microbiología y Parasitología de la Facultad de Medicina; en carta cursada a la decana Vilma Piedrahíta (25 de febrero de 1974) Botero Ramos consignaba lo siguiente:

El segundo aspecto se refiere a la falta de conocimientos sobre terminología médica en inglés. Hemos tenido conocimiento de los cursos de Inglés que ellos [los alumnos] reciben antes de ingresar a la Facultad de Medicina; aunque son varios y probablemente bien dictados, no están enfocados hacia lo que el estudiante de Medicina necesita, o sea, aprender a traducir temas médicos. Consideramos que sería mucho más provechoso que el inglés previo no tuviera el enfoque que actualmente posee, sino que fuera de enseñanza práctica y traducción de temas médicos, para lo cual existen algunos libros muy apropiados.

La inquietud de Botero Ramos, sumada a las iniciativas de directivos de otras dependencias, halló eco en el Departamento de Lengua Modernas: a mediados de 1975, en la administración de Rubén Darío Julio, se comenzó a trabajar en la implementación

de la enseñanza diversificada de los llamados cursos de servicio, aunque solamente a principios de 1979 se logró plenamente la introducción de esta modalidad. Con el tiempo esta modificación llevaría a un cambio en la estructura interna de la dependencia en el sentido de que las secciones tradicionales, basadas más que todo en niveles de inglés, darían paso a departamentos o secciones basados en la naturaleza de los cursos o la clase de servicios prestados.

La diversificación se aplicó en un principio solamente en la lengua inglesa. Se introdujeron inicialmente tres grandes áreas de (1) biología y ciencias de la salud, (2) humanidades, y (3) matemáticas e ingenierías. La nueva situación llevó a un trabajo intenso de elaboración, adaptación y compilación de materiales adecuados a las respectivas modalidades del conocimiento. Más adelante se elaboraron asimismo materiales para programas específicos, como en el caso de bibliotecología (con el concurso del profesor Carlos Gil Atehortúa) y de bacteriología (preparados por Marino Castrillón). También se operó un cambio en la nomenclatura de las asignaturas; la palabra *elemental* se cambió por *diversificado* en cursos de servicio, y por *básico* en asignaturas de los programas de Idiomas. Con el tiempo la diversificación se hizo extensiva a los cursos de francés. En el caso de cursos de otros idiomas (que han sido siempre de servicio) no puede pensarse siquiera en diversificación, por la escasa demanda que tienen idiomas distintos al inglés y francés, como ya lo observamos. Para concluir esta nota sobre los cursos diversificados, nos permitimos transcribir los numerales 3, 4 y 5 de un documento elaborado por los profesores de los cursos de servicio. El comunicado, infortunadamente, carece de fecha, aunque pensamos que pudo haber aparecido un poco antes de la transformación del departamento en escuela,⁶ puesto que habla de una etapa de reestructuración; por otra parte,

6 N. del E. La Escuela de Idiomas se constituyó en 1990, mediante acuerdo 165 del 19 de diciembre, y contempló los programas 473 —Idiomas Inglés-Francés—.

el aspecto cronológico no es en este caso tan relevante como el aspecto conceptual:

3. Para cumplir cabalmente con el objetivo mencionado [comprensión de lectura] es necesario incluir un mínimo de tres semestres de una lengua extranjera. Con dos semestres se lograría solamente resultados parciales, apenas satisfactorios. Dictar un solo semestre, como se hace actualmente en algunas dependencias, es poco menos que una pérdida de tiempo y es preferible una supresión total.
4. Los cursos diversificados buscarán familiarizar al estudiante con el discurso propio de su área del conocimiento. Esto se hará tanto por razones pedagógicas -mayor interés y motivación- como por el sentido práctico e instrumental que tienen estos cursos.
5. El manejo de un discurso especializado hace necesario que estos cursos se den no en un primer semestre, sino más bien a mitad de carrera, cuando el estudiante maneje los conceptos de su especialidad y sienta más la necesidad de aprender el idioma extranjero, ya que debe consultar bibliografía de él.

Investigación: la cenicienta del departamento

La investigación que se ha cumplido en el departamento ha sido relativamente escasa y a lo poco que se ha logrado no se le ha dado mayor importancia. Desde aproximadamente 1973 se instauró en la dependencia un Comité de Evaluación, coordinado durante largo tiempo por el profesor Germán Álvarez Montoya;

la labor de este comité, encaminada a analizar primordialmente la validez y confiabilidad de pruebas e ítems, por métodos cuantitativos y cualitativos, participa en cierto modo de la naturaleza y características de la investigación.

El departamento ha dado a luz materiales en cuatro idiomas: inglés, francés, alemán, e italiano; estos materiales han estado en uso por algún tiempo y luego se han eliminado. Materiales relacionados con la historia y la literatura de Inglaterra, Estados Unidos y Francia han sido en su mayor parte mera selección y compilación, aunque un ensayo original sobre la literatura de Estados Unidos, producido por el autor de estas líneas, estuvo en boga por algún tiempo. También escribimos una *Historia elemental de la lengua inglesa*, trabajo original que llevó varios años y para el cual se nos concedió descarga docente, y que sirvió de texto guía por varios semestres. Ya mencionamos el cuadernillo de Conversación Inglesa de la autoría de la estadounidense Merle Ann Roizen. Ya hicimos alusión también a la compilación y adecuación de materiales en inglés, con motivo del montaje de la diversificación; a ese respecto anotamos que se exploraron e investigaron aspectos relativos a la comprensión de lectura, lo que incluía la lectura de textos por estudiosos considerados autoridades en la materia, y la modificación de los materiales de acuerdo con las teorías de los autores consultados.

Algo relacionado con la investigación fue la elaboración de un documento titulado *La ponencia* (o al menos así lo llamaban los docentes), de la autoría del profesor Alberto Cadavid Mejía. Este estudio se orientaba hacia un cambio en la filosofía de la enseñanza de los idiomas, buscando enfoques tal vez más actualizados y ajustados a nuestra propia realidad, con miras a una metodología más efectiva. Este documento se acogió con verdadero entusiasmo por parte de la mayoría de los docentes, y a él se dedicaron largas deliberaciones en varias asambleas generales de profesores.

Por esta época, sin embargo, un chauvinismo morboso había invadido las mentes de algunos catedráticos y se propusieron reformas quizás un poco descabelladas. Se llegó a hablar de estudiar catío o cooperativismo en vez de inglés, y de enseñar marxismo en vez de español. Algunos buscaban infundirles nuestra propia realidad a los materiales de enseñanza, hablando —por ejemplo— de la aguapanela y la rellena preparadas por Petronila Guisao (habitante de un tugurio en La Iguaná), en vez del postre o el bifté servidos por Miss Mary Thompson (moradora de un lujoso apartamento en un suburbio neoyorkino). En reunión general de profesores el docente estadounidense William Kadow intervino en cierta discusión utilizando su lengua nativa. Una profesora colombiana, jefe de sección en ese momento, lo interrumpió y le dio la orden perentoria: “En español, por favor”. El profesor Kadow la miró con estupor, y sin embargo acató la orden, continuando su exposición en nuestra lengua materna. Hasta ese punto llegaba la xenofobia en tono mayor que se respiraba en los recintos universitarios. Era quizá el influjo de un patrioterismo ciego o de un izquierdismo mal entendido —a nuestro modo de ver— que invadía los terrenos académico y administrativo, e impregnaba la elaboración de materiales de enseñanza con un sabor mondonguil y excesivamente chauvinista. La preparación de un texto propio para los cursos de Inglés básico, que mencionaremos a continuación, fueron en parte afectados por esta tendencia desproporcionada hacia lo autóctono.

Entre 1975 y 1980, en las jefaturas de Rubén Darío Julio y Alfonso Puello Villa, el departamento se embarcó en una nueva aventura, consistente en la elaboración de un texto original, propio, para los cursos básicos de inglés, con el concurso de varios catedráticos (entre ellos los estadounidenses William Bruce Kadow y Priscilla Olsen de Grajales), con la coordinación del profesor Edgar León Vélez, a la sazón jefe de sección de Cursos Avanzados y Profesionales de Inglés. Se emplearon tiempo y es-

fuerzo considerables; no obstante, a principios de 1981, durante la administración de la profesora Eva Zimmermann de Aguirre, una comisión conformada para escoger un nuevo texto determinó adoptar la serie *International Communication (Intercom)*, con lo cual expiró la iniciativa criolla de producir un texto propio y se terminó la labor que con tanta seriedad y responsabilidad había coordinado el profesor Vélez, quien no ocultó su frustración —y con sobrada razón— ante lo ocurrido. Sin embargo, es de justicia anotar que pese a los esfuerzos del profesor Vélez y el entusiasmo de la mayoría de los docentes que colaboraron en el proyecto, las razones para discontinuar la investigación eran decisivas. Se señalaron principalmente falta de uniformidad y de homogeneidad, desorganización en el ordenamiento de los temas, fallas metodológicas, y cierta dosis de chauvinismo. Como fórmula de consolación, que para muchos fue un entierro de tercera, se consignó al final del informe de la mencionada comisión el siguiente aparte que insinúa una esperanza fallida hasta el momento, un réquiem quizás:

Estimular la elaboración de una serie completa de textos por parte de un grupo reducido y homogéneo de profesores que manifiesten el deseo de trabajar en este proyecto y sacarlo adelante. A estos profesores se les deben brindar todas las facilidades y estímulos que la universidad ofrece para actividades de esta índole, y deben cumplir con todos los requisitos que la universidad exige.

Para rematar este pasaje, anotemos que la comisión reconoció los aspectos positivos y meritorios de la labor criolla.⁷ Los textos hasta se llegaron a utilizar en algunos cursos, y permanecen en

7 N. del E. La comisión calificó “materiales más acordes con nuestra idiosincrasia, con las condiciones académicas específicas de nuestros estudiantes, y con la relación directa y exclusiva español-inglés”.

poder de algunos profesores, a la espera de la cristalización de la esperanza contenida en el aparte que acabamos de citar, referente a la posible reanudación del proyecto.

Del profesorado: vinculaciones y “piratería”

A partir de 1975, y sobre todo durante la administración de Rubén Darío Julio, hubo un incremento notable (quizás el mayor en toda la historia) de los recursos humanos de la dependencia, de acuerdo con la política del entonces ministro de educación —Hernando Durán Dussán— de ampliar los cupos en las universidades, lo que presuponía contratación de nuevos catedráticos. Se vincularon entonces al departamento los colombianos Mary Cecilia Acero de Castañeda, Carlos Ardila Estrada, Manuel Berrio Hermosa, Alcides Bustamante Rúa, Alberto Cadavid Mejía, Álvaro Duque Mejía, Dayro Giraldo Vélez, Yilda Madrigal Cianci, Héctor Ortiz Cañas, Julio Padilla Pérez, Juvenal Palacios Gómez, María Cecilia Plésted, Guillermo Uribe Ardila, Marlene Vargas, Melva Patiño Toro, Javier Badillo, y Plinio González Rodas. Asimismo, llegaron profesores extranjeros, entre ellos Natalia Dolgoborodoba (Rusia), Cristina Frodden (Chile), Yanik René Mitchell (Inglaterra), y Daniela Musialek (Francia). Otro colombiano que se unió a la planta docente fue Luis Alberto Aristizábal, autor de algunas obras, entre ellas *Como leer mejor*, de la cual ya se han producido varias ediciones.

Durante varios años, y hasta finales de 1975, la universidad contemplaba un estatus especial para algunos docentes; era la dedicación exclusiva que —como su nombre lo indica— significaba que el profesor dedicaba la totalidad de sus esfuerzos a la entidad; la sobrerremuneración consistía en un veinte por ciento sobre el sueldo básico. Infortunadamente, algunos docentes que disfruta-

ban de esta prebenda laboraban en otras entidades, mientras que otros que no tenían la dedicación exclusiva si se dedicaban por entero a la universidad. Se daba el caso de médicos —a manera de ejemplo— que gozaban de este pago extra y sin embargo atendían sus propios consultorios y hasta laboraban en el Hospital de San Vicente. Ante estas situaciones la Alma Mater decidió descontinuar esta condición especial de algunos de sus docentes.

Siempre ha existido la llamada “piratería”, o sea el hecho de laborar en instituciones distintas a la universidad, lo que algunos llaman trabajar con “el ojo tapa’o y la pate’palo”. Tal vez la institución que más empleo extra ha dado a los profesores, no solo del departamento sino de la universidad en general, fue el Colegio Mayor de Antioquia (también llamado Universidad Femenina). Por el programa de Tecnología en Secretariado Bilingüe, sobre todo durante la dirección de la señorita Clara Lorenza Roldán Roldán (“Clarita”), desfilaron por lo menos una docena de los profesores del departamento. Prácticamente todas las instituciones de enseñanza superior del valle del Aburrá han servido de escenario para el ejercicio de la “piratería”, incluyendo la Alianza Francesa, el Colombo-Americano, y hasta el mismo Seminario Conciliar de Medellín. Es de anotar que este fenómeno llegó a causar problemas bastante desagradables, como el que le tocó afrontar a Marino Castrillón cuando dos docentes, uno de ellos trabajador por fuera de la universidad, tuvieron serios enfrentamientos por cuestión de horarios e incumplimiento en la asistencia a reuniones.

Reformas curriculares y nuevo impulso creativo

Una vez la dependencia se olvidó de las rencillas personales y politiqueras que la afectaron sobre todo en el decenio de los setenta, se entró en los años ochenta a trabajar con mejor coordinación y

un mayor deseo de propender por el mejor estar académico-administrativo. En la administración de Eva Zimmermann de Aguirre se instituyeron y tuvieron una efímera existencia los llamados equipos de nivel; era una modalidad novedosa de trabajo que coordinaba las labores académicas de profesores que dictaban una misma asignatura o materias afines, como en el caso específico de Inglés Intermedio II (L-202) e Inglés Intermedio III (L-203).

Con un comité de carrera bien estructurado, se decidió en 1983 efectuar ajustes al plan curricular de la carrera del departamento. Ya se habían introducido reformas en los años 1972, 1973, 1974 y 1978. Así pues, en agosto de 1983, el comité de carrera produjo un documento del cual resaltamos los apartes que juzgamos más trascendentales. Este documento se ocupó primordialmente de la educación del programa al nuevo sistema de ULA (unidades de labor académica), el cual debía implantarse en las universidades en virtud del decreto reglamentario 3191 del 1.º de diciembre de 1980.

En el momento de la creación del programa —como ya se anotó— se pensó más que todo en la lengua inglesa. En el transcurso de unos tres lustros la lengua francesa fue ganando importancia paulatinamente y se llegó a tener un programa conducente al título de Profesional en Idiomas (decreto 2725 de 1980); el egresado debía manejar adecuadamente el inglés y el francés para propósitos sobre todo de traducción, interpretación, y asesoría a entidades nacionales e internacionales; debía estar capacitado asimismo para “realizar investigaciones básicas en relación con el lenguaje en general y sus manifestaciones en lenguas particulares”.

El informe del comité lanza una mirada retrospectiva y trae de nuevo a colación el *team teaching* (enseñanza en equipo) y el sistema de bloques. Con respecto al primero, transcribió la recomendación de una comisión integrada por los profesores Patricia Bejarano de Fisher, Gloria Idárraga, Luis Alberto Aristizábal y Gustavo Zapata Giraldo, en el sentido de que “se utilice

la modalidad de enseñanza en equipo”. Con relación al segundo que afirma que:

Este sistema arrojó resultados sorprendentes en cuanto al rendimiento académico de los estudiantes, pero hubo necesidad de desmontarlo porque subsistían algunos problemas en la administración y evaluación de los niveles, pues había una secuencia de exámenes que eran imposibles de elaborar y de administrar adecuadamente.

No obstante, el *team teaching* no se restableció, y del sistema de bloques solo se mantuvo la idea de intensificar los niveles básicos iniciales de inglés y francés, más que todo con sesiones de laboratorio complementadas con otras actividades extracurriculares.

Así como en el decenio de los setenta, la creatividad de la dependencia en los años ochenta se presentó en el primer quinquenio. En la administración de Francisco Evelio Gómez se habló inicialmente de una “sala de tinto” para encuentros informales de profesores y estudiantes con el propósito de fomentar la práctica de las lenguas foráneas. Este proyecto se cristalizó en la creación de los llamados “Club de Français” y “Coffee Hour” para francés e inglés, respectivamente. Sin embargo, el acontecimiento más significativo del quinquenio lo constituyó la creación de UMES (Unidad de Medios de Enseñanza y Servicios). Esta unidad vio la luz del día en 1984 en la jefatura del mencionado profesor Gómez y con el concurso decisivo del profesor Gonzalo Velásquez Palacio (quien gentilmente nos suministró información valiosa al respecto de esta creación). La UMES se fundó como sección y se concibió como soporte de las demás secciones de la dependencia; fue su primer coordinador el ya mencionado profesor Velásquez, con la correspondiente descarga docente. La UMES contaba entre sus efectivos con el laboratorio, el llamado *Students' lounge* (salón de los estudiantes) o *Salle de l'audio-visuel* (sala de audiovisuales);

se adquirieron además receptores de televisión equipados con sus correspondientes aparatos de Betamax o VHS, y se compraron grabadoras para préstamo a docentes y alumnos. Nos cuenta Gonzalo que se prestaban materiales o se alquilaban videocassettes que luego se “piratiaban” (es decir, se copiaban sin pago de derechos). En esta forma un poco *non sancta* se fue organizando paulatinamente la videoteca. Mencionemos en este punto que los directores del laboratorio (sucesores de Ricardo Gallego) habían sido Guillermo Uribe, Néstor Osorio, Julio Padilla y Eva de Aguirre; estos directores dependían de la jefatura del departamento hasta la creación de UMES: desde entonces la dirección del laboratorio se halla adscrita a la unidad. A la sección de UMES han pertenecido, obviamente, varios profesores y se contó en un principio con diez monitores escogidos durante mucho tiempo por la exalumna Alicia Sarmiento de Jiménez. Además del colega Gonzalo Velásquez, por la coordinación de la unidad pasaron los docentes Yanik Mitchell, Carlos Ardila Estrada y Néstor Osorio Velásquez.

Deportes y “coctelera de recortes”

El primer deporte que practicó un integrante del departamento fue el sóftbol. El fundador John Herbert Adams era un asiduo practicante de esta actividad, y fue lanzador del correspondiente equipo de la Universidad de Antioquia. Sin embargo, el fútbol ha sido siempre el deporte de las mayorías, y desde los años setenta un equipo del departamento participó en diferentes certámenes, con los nombres de Lenguas Modernas y Universitarios. En el transcurso de varios años se participó en torneos internos de la Alma Mater, en Torafútbol (Torneo Radial de Fútbol), en un torneo organizado por la Urbanización San Pablo, en Recreafútbol de la LAF (Liga Antioqueña de Fútbol), y en un campeonato organizado por una empresa de Itagüí. La mayoría de los integrantes eran

docentes o alumnos de la dependencia; también había personal de otras entidades universitarias, además de deportistas de fuera de la universidad. Entre los docentes futbolistas recordamos a Rodrigo Arias, Conrado Bedoya, Alfonso Puello, Ramiro Restrepo, Óscar Rivera, Gonzalo Velásquez, Edgar León Vélez, Guillermo Uribe, Juvenal Palacios, Carlos Ardila, Manuel Berrío, Alberto Cadavid, Gustavo Zapata, Héctor Ortiz, Marino Castrillón. Entre los estudiantes integrantes del equipo mencionamos a Fernando Pérez Builes (apodado “El Mono Kadow” o “El Hijo de Kadow”, por su parecido físico con el docente estadounidense), Fernando García Alzate, el morocho pereirano Édgar Montoya, Fernando Pérez (“El Chicho”), Fernando Ramírez (ya desaparecido), Darío “Tanga” Echeverri, Francisco Arias y Eduardo Restrepo. Otros universitarios fueron el profesor Áscar Mesa, Francisco Luis Ochoa, Néstor Serna, Fabio Londoño, un arquero apodado “Incaparina”. Entre los extrauniversitarios estuvieron los profesores Gabriel Rivera Galindo y Gustavo Franco, Juan Franco (a los hermanos Franco los llamaban “Puñoloco” por su belicosidad en la cancha), Silvio Granada Bolívar, un portero de apellido Carvajal, Amado Lopera García, Jorge Iván Saldarriaga, Joaquín Emilio Tangarife, Ricardo León Castrillón, Darío Ruiz Vargas, Bernardo Saldarriaga y John Jairo Uribe.

Los equipos de fútbol crearon especiales lazos de amistad entre los integrantes. Después de los partidos se comentaban los triunfos, empates o derrotas al calor de unas cervezas o unos aguardientes; se llegó a conquistar hasta un subcampeonato, y siempre se ocuparon posiciones de privilegio en las diferentes participaciones a pesar de que —con algunas excepciones— los deportistas éramos más bien “paquetes”, “troncos” o “rodillones”. Debemos anotar también que más adelante los estudiantes de la Escuela de Idiomas participaron en torneos internos y hasta organizaron campeonatos en la dependencia con varios equipos del llamado “futbolito”, tan en boga en el recinto universitario.

Retornando al sóftbol (con la colaboración valiosa de los colegas Manuel Berrío y Juvenal Palacios) anotemos que este deporte cobró auge por algunos años, luego de que la afición por el fútbol declinó ostensiblemente. Se organizó un trabuco de sóftbol, con la dirección técnica de Manuel Berrío, el cual participó en el torneo departamental de la liga de sóftbol (categoría recreativa C), en torneos internos de la universidad, y en un certamen en Envigado. Fuera de los dos docentes ya mencionados integraron el cuadro los colegas Rodrigo Arias, Ramiro Restrepo, Héctor Ortiz, Guillermo Uribe, Óscar Rivera, Hildebrando Piedrahíta, Alfonso Puello, Guy Marie Brutus, Alcides Bustamante, Álvaro Duque, Rubén Darío Julio. Provenientes de Química estuvieron en el trabuco Roberto Arcieri, Eudaldo Martínez, Carlos Ortiz, Héctor Álvarez, Rafael Avelino Hernández, Aquilino Aubad y Ángel Granados. El Departamento de Español se hizo presente con José María Barrientos; de Química Farmacéutica llegó Jairo Flórez; Pedro Morán pertenecía al Departamento de Antropología, y Ángel Calderón provenía del Pascual Bravo. Como *cheerleaders* o animadoras estuvieron las profesoras Gloria Idárraga, Cecilia Plésted y Marlene Vargas.

Nos cuentan Manuel y Juvenal que el uniforme del trabuco era más bien feíto, de color verde “policía” con vivos rojos. El primer encuentro fue un verdadero bautismo de sangre, pues les tocó enfrentar al campeón de la categoría, al Columbus School que contaba en sus filas con peloteros gringos; el resultado lo dice todo: treinta carreras a cero a favor del Columbus. Se hizo también un viaje a Puerto Escondido (Córdoba); allí el colega Eudaldo Martínez se pasó un poco de copas y le dijo al alcalde de la población que tenía “cara’e bobo”; el burgomaestre, que también estaba “alzado”, tomó las cosas deportivamente y no le dio importancia al asunto.

Con la formación de los equipos de fútbol y el cuadro de sóftbol nació la Cartelera de Deportes. Era un pequeño espacio ubicado a un lado de la entrada a la oficina del jefe y las secretarías, en el área central del bloque 11. Es sabido que esta construcción original fue modificada, y ahora las oficinas del director de la Escuela y del jefe del Departamento de Formación Académica miran al bloque 12. A un lado de la cartelera deportiva se colocó otro pequeño espacio denominado “Coctelera de Recortes”, destinado a la consignación de apuntes de corte humorístico o anecdótico; los principales colaboradores de la “coctelera” fueron los colegas Manuel Berrío, Luis Alberto Aristizábal y el autor de este ensayo.

Nuevos viajes al exterior y nuevas secretarías

Con el fin de incrementar su bagaje académico y actualizar sus conocimientos, varios docentes de la dependencia cumplieron por estas calendas estudios en el exterior. Anteriormente los viajes de especialización se hacían casi exclusivamente a los Estados Unidos, pero esta vez se incluyó a países del viejo mundo: estas nuevas incursiones académicas se cumplieron casi a todo lo largo de los años ochenta.

Los colegas Olga Gil Domínguez y Conrado Bedoya Cardona obtuvieron sendos títulos de Máster en la universidad Stephen F. Austin (Estado de Texas): con el apoyo de la Fundación Fulbright obtuvo su Máster en Durham (New Hampshire) Gloria Idárraga Ortíz; también en los Estados Unidos alcanzaron el grado de Máster Cristina Frodden (Lingüística Aplicada), Ramiro Restrepo Marín (Enseñanza de Inglés) y Alberto Cadavid Mejía (Lingüística); Gustavo Zapata Giraldo cumplió estudios de especialización en TESOL (Enseñanza de Inglés como Segunda Lengua) en Chicago

Circle (Illinois); Yilda Madrigal Cianci alcanzó su título de Máster en Ball State (Indiana), y luego realizó curso de capacitación en Chéster (Inglaterra). Germán Alvarez Montoya cursó especialización en North Wales; en Bélgica culminó estudios Rodrigo López de Mesa; Gonzalo Velásquez Palacio realizó especialización en Francia; en ese mismo país cumplió estudios el colega Carlos Ardila Estrada; Daniela Musialek también culminó estudios en el exterior; Cecilia Plésted, Máster en Germanística, obtuvo en Alemania su doctorado en Filología.

Durante la jefatura de Rubén Darío Julio estuvo en calidad de secretaria Blanca Stella Orrego (ahora esposa del profesor Javier Ramírez); en la administración de Alfonso Puello Villa desempeñó la secretaría Bernarda Duque; luego vendrían Marta Duque Yate (ahora en otra dependencia) y Gloria Figueroa. Posteriormente se vincularon Consuelo Querubín Jaramillo y Rubelia Ocampo Gallego.

Bodas de plata 1986

Luego de las jefaturas de Cristina Frodden y Evelio Gómez, llegaron a esa posición —en su orden— los profesores José Uriel Muñoz Sánchez, Dayro Giraldo Vélez y Yilda Madrigal Cianci. A José Uriel le correspondió la celebración de las Bodas de Plata en 1986. Si bien la dependencia había sido fundada desde fines de 1960, solamente comenzó a funcionar plenamente a comienzos de 1961; se programó entonces la celebración de veinticinco años de labor efectiva.

Para las efemérides se incluyeron actividades deportivas, académicas y recreativas. Se contó con el concurso de entidades universitarias como la Banda Sinfónica (con concierto en homenaje a la dependencia), la Unidad de Medios de Enseñanza y Servicios

(UMES), la Editorial Universidad de Antioquia (elaboración de afiche conmemorativo), y equipos de fútbol y sóftbol integrados por profesores y estudiantes.

En cuanto a la financiación de los diferentes actos, se tuvo el concurso de la propia Alma Mater a través de las directivas de entonces, sobretudo del rector Saúl Mesa Ochoa y del vicerrector académico Freddy Salazar Paniagua; se obtuvo el aporte de la Asociación de Profesores y de la Asociación de Docentes (ASDUA); también se hicieron presentes la Asociación de Empleados No Docentes de la Universidad de Antioquia (ASENDUA) y el programa para la Salud Psicofísica (PROSA). Entidades extrauniversitarias también brindaron su valioso apoyo; entre ellas se contó con entidades internacionales como el Instituto Colombo-Americano, la Alianza Francesa y el Instituto Goethe, las cuales intervinieron en un panel o foro sobre la enseñanza de lenguas extranjeras: asimismo brindaron su apoyo la Fábrica de Licores de Antioquia (FLA), la Promotora de Vinos y Champañas (PROVINOS), la Cervecería Unión, Gaseosas Postobón, y Coca Cola.

El acto central se escenificó en un aula del bloque 10; el ex-profesor de la dependencia Jaime Mercado Jr. actuó como maestro de ceremonias. Como preámbulo todos los asistentes entonamos el Himno de la Universidad de Antioquia: luego se guardó un minuto de silencio en memoria de cinco docentes fallecidos hasta esa fecha. Intervinieron a continuación el jefe del departamento, José Uriel Muñoz, y el rector de la Alma Mater, Saúl Mesa. Luego hubo un recuento histórico titulado *El departamento en retrospecto*, a cargo del autor de estas líneas, quien fue gratamente sorprendido por sus colegas con la entrega de una placa en su homenaje. La profesora Laura Cannas anunció los títulos de obras que interpretó la Coral Tomás Luis de Victoria, dirigida por la profesora Haydé Marín. Con los acordes del Himno Antioqueño se terminaron los actos en el bloque 10.

La concurrencia se dirigió luego al bloque 11. En el área central del primer piso, cerca de las oficinas de la jefatura y secretaría de la dependencia, el jefe del departamento procedió a descubrir placa conmemorativa —tributo de profesores, alumnos y personal administrativo de la dependencia para memoria de la posteridad—. Como acto final se ofreció el brindis que se acostumbra en ocasiones como esa. Incidentalmente, debemos mencionar la muy valiosa cooperación de un comité *ad hoc* para la organización de las efemérides, integrado por docentes, entre los cuales recordamos a Laura Cannas, Yilda Madrigal y Álvaro Duque, entre otros. No podía faltar tampoco la tarde campestre de rigor, la cual se llevó a cabo en las instalaciones del Club Telecom, en Robledo; allí hubo actividades recreativas, almuerzo, baile y degustación de licores obsequiados por las empresas que ya mencionamos antes. Así la dependencia demostró una vez más su condición *sui generis* dentro del concierto universitario, como único departamento hasta la fecha que haya celebrado sus Bodas de Plata, acontecimiento que fue ampliamente anunciado por boletines de radio, prensa y televisión. Los actos principales fueron debidamente filmados en parte, y los correspondientes videocassettes reposan en la videoteca de la dependencia.

¡El rey ha muerto! ¡Viva la reina!

Encabezamos este aparte con esa expresión de las monarquías, cuando fallece un rey y lo sustituye otro soberano u otra reina, si bien en este caso el departamento no feneció, sino que más bien se transformó. En efecto, mediante el acuerdo 162 del Consejo Superior se suprimió la Facultad de Ciencias Humanas; nacieron entonces entidades como el Instituto de Filosofía, la Facultad de Comunicaciones (a la cual se unió el Departamento de Lingüística

y Literatura, disciplinas que ahora conforman áreas independientes, al lado del Departamento de Comunicación Social), y la Escuela de Idiomas (Acuerdo 165 del Consejo Superior, del 19 de diciembre de 1990); el Departamento de Historia se anexó a la Facultad de Ciencias Sociales y se conformó así la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas.

La recién nacida escuela organizó su estructura académico-administrativa con base —en parte— en la estructura del antiguo departamento. Ahora se tiene un Departamento de Formación Académica, una Sección de Servicios y un Centro de Extensión, con estatus de departamento. El Departamento de Formación Académica (creado por el Consejo Superior mediante Acuerdo 172 de 1990) administra los programas de Licenciatura en Idiomas Inglés-Francés (473), Licenciatura en Enseñanza de Lenguas Extranjeras (476), y Licenciatura en Idiomas de la Facultad de Educación que luego desapareció (631); también se proyecta el programa de Especialización en Traducción (490). Dentro de este departamento se enmarcan un Comité de Docencia —coordinado por la colega Cristina Frodden en este momento, y un Comité de Traducción; este último incluye tres ramas o áreas: Pregrado (coordinado en la actualidad por el profesor Ramiro Restrepo), Postgrado o Especialización (con la coordinación del colega Gonzalo Velásquez), y Traducción y Terminología (coordinado por la colega Cecilia Plested Álvarez —Ph. D. en Filología); este último programa busca, en las palabras del actual director de la Escuela —profesor Edgar León Vélez Arenas— “realizar tareas de internacionalización de traducción e interpretación para un apoyo efectivo a la investigación, a la docencia y a la extensión”. El primer jefe del Departamento de Formación Académica fue el colega Dayro Giraldo Vélez, quien viajó luego a Francia en vía de estudios y fue sustituido por la profesora Olga Gil Domínguez;

posteriormente accedió a esta jefatura la colega María Cecilia Plésted, quien cumplió su período reglamentario en Mayo de 1994, siendo relevada del cargo y sucedida por el colega Dayro Giraldo en su segundo período. Dayro fue el último vicedecano de la desaparecida Facultad de Ciencias Humanas, cuyo último decano fue el profesor Alfonso Monsalve.

La actual Sección de Servicios administra los llamados cursos diversificados, que se dictan para programas distintos a los de la escuela. Incluye la Unidad de Medios de Enseñanza y Servicios (UMES), el laboratorio y la Sala de Documentación. Como jefe de la sección se desempeñó el profesor Carlos Ardila Estrada, y como coordinador de UMES el docente Néstor Osorio Velázquez. Antecesor de Carlos fue el colega Édgar León Vélez (marzo, 1991-noviembre, 1993), quien se había ausentado temporalmente del departamento para ocupar posición de relieve en la dirigencia administrativa de la universidad, entre marzo de 1981 y octubre de 1990.

El centro de Extensión se creó en virtud la Revolución Rectoral 4542 del 21 de febrero de 1994; sus actividades son en parte extracurriculares: presta sobre todo servicios de capacitación en idiomas a la comunidad universitaria y extrauniversitaria, y en la actualidad proyecta el programa PET (Proyecto de Enseñanza por Televisión) que incluye los niveles I y II de Inglés y el curso Medicina al Día. Es de anotar que esta entidad estuvo en un principio adscrita a la Sección de Servicios de la Escuela de Idiomas.

Retornando a la conversión del departamento en escuela, anotemos que la colega Yilda Madrigal Cianci fue la última y la primera: última jefa en propiedad del departamento (enero, 1990-enero, 1991) y primera directora encargada de la escuela (23 de enero a 31 de julio, 1991). El primer director en propiedad fue el

profesor José Olimpo Suárez Molano, a quien sucedió en el cargo el colega Édgar León Vélez Arenas a partir del 22 de noviembre de 1993. En esta última elección participaron como candidatos los colegas Alfonso Puello Villa y Gonzalo Velásquez Palacio.

La era de los docentes de cátedra

Habíamos anotado que durante la administración de Rubén Darío Julio se contrató a un considerable número de profesores de tiempo completo. Para 1994, la política de la Alma Mater a este respecto había sufrido un viraje significativo, en el sentido de que ya se busca preferentemente el concurso de docentes de cátedra, reclutados entre profesores jubilados y egresados de los programas propios y del correspondiente programa de la Facultad de Educación. La lista de los docentes de cátedra de la escuela es bastante larga (pasan de cuarenta, de los cuales siete son jubilados) y supera a la de profesores de tiempo completo (treinta y cinco hasta hace poco, reducida a treinta y tres con la reciente jubilación de las colegas Mary Cecilia Acero y Esther Arias de Restrepo). Entre los instructores de cátedra (no se mencionan los jubilados) se encuentran Dora Amparo Álvarez, José Arcadio Álvarez, Sor María Arroyave, Miguel Betancourt, Louise Boland (de nacionalidad francesa), Cristina Cadavid, Angela María Campo, Gilberto Cano, Carlos Manuel Castaño, Nedy Estela Ciro, Javier Coronado, Everardo Correa Jr., Jairo Hernán Correa, Guillermo Cortés, Fernando Crespo, Claudia Patricia Díaz, Lucía Estrada, Mauricio Franco, Elkin García, Claudia Cecilia Gil, Jorge Hernández, Bernardo Hincapié, Lina María Londoño, María Eugenia López, Myriam Matta Charry, Bertulfo Mejía, Germán Darío Mira, Jairo Moreno, Carlos Antonio Montoya, Renán Darío Mosquera, Simón Alexis Ortiz, Carlos Emel Rendón, Deborah Restrepo, Darío Sánchez, Gloria Vélez Rendón.

Pinceladas finales

Consignemos ahora algunos acontecimientos del devenir reciente de la Escuela. Se creó el Boletín Informativo, de publicación mensual y con la coordinación de Mario Aguiar; este boletín podría servir, pensamos nosotros, como órgano de registro de la historia futura de la dependencia. Se puso en marcha el proyecto de creación de la Revista de la Escuela de Idiomas. Se aprobó un programa de Especialización en Didáctica de Lenguas Extranjeras, iniciativa de las docentes Cristina Frodden y Olga Gil Domínguez. Se brindó apoyo a los colegas Ramiro Restrepo y Cecilia Plésted, quienes se desplazaron a Cuba dentro del programa oficial de la universidad llamado “De País en País”; Cecilia y Ramiro trabajaron en el área de traducción con sus colegas de la Facultad de Lenguas Extranjeras de la Universidad de la Habana. En el Auditorio Luis Javier García Isaza del Museo Universitario se graduaron el 18 de noviembre de 1994 veintiún profesionales en Idiomas Inglés-Francés, entre los que se destacan la señorita Lucía Calle Arango (homenajeadada por su espíritu de superación y su grado a los ochenta y seis años) y el egresado Fernando Alvear Restrepo (el estudiante con un gran número de matriculas de honor en los anales de la escuela). En colaboración con el programa Uni-Rionegro se está adelantando un semillero de inglés para el Oriente antioqueño. Asimismo, se organizó el Primer Congreso Nacional de Comprensión de Lectura (del 2 al 4 de marzo de 1995). También se puso en marcha el proyecto de creación de la Unidad de Información en Lenguas Extranjeras (UILE), como reestructuración de UMES, con el fin de reorganizar y reglamentar la circulación y el préstamo de material bibliográfico y audiovisual de la dependencia.⁸

8 *N. del E.* **Datos correspondientes a este aparte se extractaron del “Informe de la gestión realizada por el director de la Escuela en el período 22 de**

A guisa de anecdotario

Seguramente son muchos los episodios curiosos o con cierta dosis de humor que se han presentado a lo largo de la historia del departamento o de la escuela. Registramos en este aparte algunos que recordamos o que nos han relatado algunos colegas.

En 1957 el grupo de Idiomas y Literatura de la Facultad de Educación contaba con la presencia de la caldense Amparo Cano Echeverri, bastante atractiva, por cierto. Una tarde José María Barrientos, nuestro condiscípulo, la invitó a cine y ella aceptó. Al otro día le preguntamos a “Chepe” cómo le había ido con Amparito. “Más bien mal”, respondió, “tuve que ponerme a ver la película”.

Anita Valdelamar, oriunda de la costa Atlántica y alumna del programa de Idiomas y Literatura en Educación era una escultura de ébano. Cruzaba, con algo de malicia, sus bien torneadas piernas ante los ojos del profesor francés Jean Tournes, quien miraba a través de sus gafas verde claro y exclamaba en francés: *Bon, très bon!* (¡Bueno, muy bueno!)

El religioso benedictino León de San Segundo, profesor de griego en Educación, solía criticar acerbamente la devoción al Corazón de Jesús, y comentaba que muy pronto tendríamos devoción al hígado, al páncreas y al intestino grueso de Jesús.

noviembre, 1993-20 de diciembre, 1994”, por Edgar León Vélez, y de varios boletines de la Escuela de Idiomas.

Enrique Zuluaga (“Enrico”) fue profesor de francés en el Liceo Antioqueño. Poco después de trasladarnos a la sede en las inmediaciones de San Germán, dado que se seguía laborando en jornadas de mañana y tarde, se preparó una encuesta para sondear entre el profesorado el proyecto de trabajar de 7:00 a.m. a 1:00 p.m. en jornada continua. En vez de dos preguntas se hacía al encuestado una sola que resumía las dos posibilidades, a saber: ¿Es usted partidario de que haya clases por la tarde? Cuando don Gabriel Rodas le formuló la pregunta a Enrique, este respondió: “¡Yo solamente no soy partidario de que no haya clases por la tarde, sino que por la mañana tampoco!” Don Gabriel salió disparado.

Cuenta el colega Eduardo García que don Enrique Congo-te, notable profesor de idiomas en el decenio de los cincuenta, comentaba que había más de un profesor en la universidad que practicaba las obras de misericordia, sobretodo aquella de ENSEÑAR LO QUE NO SABE.

Don Delio Fernández Ospina era director del Liceo Antioqueño en los albores del Departamento de Inglés. Nos cuenta el profesor Eduardo García que don Delio se tomaba de vez en cuando unos tragos en compañía de los colegas Octavio Ospina y Gonzalo Pérez, profesores del sexto año a comienzo de los años sesenta. Una noche don Octavio y don Gonzalo notaron que don Delio estaba algo pasado de copas, y se ofrecieron para acompañarlo a su residencia. Don Delio respondió que podía ir solo, y se marchó rumbo a casa. Don Gonzalo y don Octavio lo siguieron a prudente distancia, hasta que don Delio llegó a la puerta de su casa. Viendo que don Delio no podía abrir la puerta, los colegas le solicitaron la llave y se ofrecieron para abrirle la puerta. La respuesta inmediata de don Delio fue: “No, no me l’abran, ¡tengánmela!”

En cierta ocasión don Delio Fernández fue a San Ignacio a proponerle a Marino Castrillón que dictara unas horas de francés en el liceo, ante incapacidad temporal de un docente. Conversó con Castrillón en francés, bien o mal hablado. El jefe Adams escuchaba en silencio, y pareciendo entender lo que se decía. ¡Al final Adams exclamó, como quien domina la lengua de Molière, “C’est le problème!” (¡Es el problema!) Adams también tenía una expresión original para replicar a los profesores que se quejaban por cualquier motivo: “*quit your bitching*” (¡Dejen la joda!)

El fallecido colega Bernardo Álvarez Gómez es quizá el profesor liceísta que más apodos tuvo en su vida. Era, entre otras cosas, un habilidoso jugador de póker, y todavía se recuerdan sus triunfos con las cartas en “El Apagón” de Buenos Aires. Poseía un sutil sentido del humor, y de él se cuenta más de una anécdota. En cierta ocasión estaba colaborando con el proceso de registro en el bachillerato. Le preguntó a una señora madre de familia sobre el número de hijos que tenía. “Tengo dieciocho hijos”, repuso la señora. Bernardo entonces le lanzó la pregunta, “¿Y quién reemplaza a su marido en el trabajo?” La señora, sin embargo, no entendió, y Bernardo continuó con el procedimiento.

El docente mejicano Roberto Yáñez era dueño también de un especial sentido del humor. El 10 de marzo de 1968, ya retirado de la universidad, dirigió una carta al jefe John Adams desde Sumatera Utara (Indonesia), en la cual anotaba:

En cuanto a cosas interesantes puedo mencionar un viaje al lago Toba, no lejos del área de trabajo... Uno de los rasgos interesantes es el hecho de que este lugar fue uno de los bastiones del

último grupo de caníbales, y en el momento presente son todos católicos romanos. Por supuesto, quiero decir los descendientes que viven allí en el momento presente.

Cierta noche el jefe Charles V. Ehmann ofreció fiesta para el profesorado en su residencia de Miraflores. Al entrar uno podía ver varias garrafas de aguardiente sobre una mesa. Cuando llegó el finado Charles Smith y vio semejante cantidad de licor, se desabrochó un poco la correa y exclamó; *“We’ll be here for years!”* (¡Estaremos aquí por años!)

Otro de los docentes de la dependencia dotado de un fino sentido del humor fue Ricardo Gallego Cárdenas. Solía decir, por ejemplo, que la naturaleza es muy sabia, así, “Cuando una persona tiene una pierna cortica, por lo general tiene la otra más larga, para compensar”. Era igualmente aficionado a las siglas, y él mismo creaba algunas. Refiriéndose a sí mismo decía que tenía el título NSB (Ni Siquiera Bachiller). Cuando le correspondió colaborar con la naciente Facultad de Ciencias y Humanidades, para remediar el “despelote” dejado por el extinto Estudios Generales, le tocaba estudiar hojas de vida de estudiantes y decidir sobre la suerte de ellos, de acuerdo con la trayectoria académica. Había casos extremos de alumnos con hojas de vida tan deficientes que no permitían la ubicación de ellos en ningún programa, ni siquiera en Derecho que era la carrera con menos exigencias o requisitos. En ese caso Ricardo anotaba en la hoja (en primera instancia, naturalmente) SDT (“sale del totazo”).

El siguiente caso no contiene ni pizca de humor, pero creemos que vale la pena intercalarlo acá. En 1967 los docentes Priscilla

Grajales, Nydia Arango y Ricardo Gallego se hallaban en inferioridad de condiciones salariales con respecto a sus colegas, puesto que en ese momento carecían de título universitario, a pesar de ser excelentes profesores. El decano Fernando Arias logró que les reajustaran el sueldo y ellos, en agradecimiento, cursaron carta al decano (20 de noviembre de 1967), en donde consignaron su ejemplar humildad:

Esta es la primera vez, y sabemos que usted tuvo parte principalísima en ello, que la universidad nos hace un reconocimiento particular y personal, no de nuestros méritos que son bien escasos sino de la dedicación y la mística profundamente sentida con que le hemos servido durante un número de años ya considerable.

En 1965, el autor de este relato se encontraba en los Estados Unidos en vía de estudios. Los colegas del departamento le enviaron carta, con mensajes separados de algunos de ellos. El profesor Jaime Mercado le decía a su colega Castrillón: “La universidad se honra con tu ausencia.”

La profesora Priscila Grajales se entregaba a sus labores docentes con verdadera abnegación, como ya lo hemos anotado. Al colega Eduardo García le pareció que en un momento dado el profesor Evelio Gómez, como jefe de Inglés Elemental II (L-102), estaba exagerando la nota en cuanto a las exigencias de cumplimiento de los deberes, y le endilgó el epíteto de “Priscilo”.

Durante la jefatura de Marino Castrillón hubo especial tirantez en las relaciones entre los docentes, como ya se anotó. Un connotado profesor se refirió alguna vez a un sector del profesorado

con los calificativos “Tábanos de charca, emanaciones de aguas negras”. Ello da idea de la alta temperatura alcanzada por estériles discrepancias personales. Asimismo, se pregunta uno si aquellos mítines dedicados a decanos y jefes de departamento, en los cuales algunos profesores desfilaban como hordas vociferantes lanzando consignas contra el directivo de turno, se compaginaban con el espíritu universitario y la altura que deben acompañar a los actos de profesionales de educación superior.

Un alumno cierta vez comentaba en el primer piso del bloque 11 que el Departamento de Lenguas Modernas era modelo de antidemocracia. Decía que la pronunciación no se sometía a debate participativo, sino que era impuesta por el profesor; añadía, “Yo no. Yo pronuncio como me dé la p..a gana. ¡Claro que voy perdiendo!

Don Rafael Posada se quejaba de la dilación de las directivas para reconocer y pagar oportunamente reajustes salariales. “Yo voy al Bloque Administrativo”, decía, “y lo único que me hacen es masajes pectorales”. Rosanita Escobar, sentada a la máquina, replicó sin alzar la cabeza y como despreocupadamente, “Ah, sí. ¡Con nosotras las secretarias hacen lo mismo!”. Don Rafael se quedó como paralizado, mirando la preciosa humanidad de nuestra secretaria.

A un colega del Liceo Antioqueño le colgaron el remoquete de “Tulio Gallina”, cosa que le hacía mucha gracia a algunos docentes y ninguna al receptor del apodo. Cierta vez este docente, el profesor Rodrigo Arias (poseedor de un gran sentido del humor) y otros dos señores jugaban al billar en la modalidad de “cuarto”. Como le correspondía tacar al docente del mencionado alias, y la

otra persona no sabía el nombre del docente, le preguntó a Rodrigo al respecto. Rodrigo le respondió que el señor se llamaba “Don Tulio”. El otro le dijo entonces al colega, “Taca usted, don Tulio”. Al docente no le gustó ni pizca el asunto y le preguntó a Rodrigo, “En ese departamento donde vos trabajás, ¿no hay mucho mari-ca?” La respuesta inmediata de Rodrigo fue: “¡Yo qué sé, papi!”.

Algunos docentes en el comienzo de los años setenta no creíamos mucho en la efectividad de la serie Michigan para la enseñanza del inglés. Pensábamos que, a ese método, por la aridez que lo caracterizaba, se lo podían aplicar los versos de Machado, referentes al Mester de Clerecía de Gonzalo de Berceo:

Monótonas hileras de chopos invernales
en donde nada brilla.
Renglones como surcos
de pardas sementeras.

Igualmente, en la llamada “Coctelera de Recortes” colocamos el siguiente cuarteto en *Spanglish*, relativo a la infructuosa labor del profesor:

Era un fonema andante, un fricativo anal,
stop-plosive reliquia del “Repeat after me”.
Gastó su voiceless life en quizzes, y en driliar
la rising intonation, el digraph y el schwa.

Los colegas Eduardo García y Jaime Mercado se zaherían verbalmente uno al otro, todo dentro de un espíritu de cordial camaradería. Una vez Jaime vino a la universidad estrenando tenis blancos; Eduardo comentó que parecía garrapatero parado

en dos quesitos. Jaime, por su parte, aseguraba que Eduardo había escrito una obra de trascendental importancia titulada *“Por qué No Estudio o Apología de la Ignorancia”*.

Durante la rectoría del médico William Rojas, como se observó antes, se suscitó un recalcitrante movimiento estudiantil contra el statu quo universitario. Los profesores debían informar sobre la asistencia a clases, día tras día. La docente estadounidense Merle Anne Roizen presentó la siguiente secuencia, de uno de sus grupos:

Primer día: Vinieron las monjas y otros dos estudiantes.

Segundo día: Vinieron las monjas solamente.

Tercer día: No vinieron ni las monjas.

En la época en que el médico Guillermo Latorre era decano de Ciencias y Humanidades, el exrector Lucrecio Jaramillo Vélez asistió a sesión del Consejo Académico de la facultad, en representación del Departamento de Humanidades (como jefe encargado durante la ausencia temporal del profesor Juan Guillermo Isaza, titular de la jefatura). En la reunión se comentó que empleados inescrupulosos del Centro Mecanográfico estaban vendiendo temas de exámenes a los alumnos (antes de las pruebas, por supuesto), a veinte mil pesos cada uno. La inefable reacción del doctor Lucrecio: “¿Ya están a veinte mil? ¡Si en mi época nos los vendían a quinientos pesos nada más!”.

El profesor Gustavo Zapata ha dado a veces muestras de excentricidad. En asamblea de profesores, y en tiempos de la jefatura de Rubén Darío Julio, propuso y defendió con ardor y vehemencia cierta tesis. En el momento de la votación, cuando

se dijo que levantaran las manos quienes estaban de acuerdo con la proposición de Gustavo, este se quedó quieto; cuando dijeron que levantaran la mano quienes estaban en contra, Gustavo fue el primero en levantarla.

El equipo de fútbol también exhibió situaciones algo jocosas, pero la más comentada era la relativa a los pobres arqueros. Los defensas de la escuadra, al tratar de despejar el balón en más de una ocasión, le imprimían a este —con un zapatazo lateral— un cierto efecto devastador que lo enviaba a todo el ángulo, en forma imparable para los sufridos guardametas. Entre las víctimas de estos botinazos fulminantes se cuentan Darío Echeverri, Carlos Ardila, Édgar León Vélez, y un alumno apodado “Incaparina”; éste era bastante flaco, y con esos tremendos autogolazos adelgazó aún más. También se recuerda el momento en que Darío Echeverri dejó ir en cámara lenta un balón al fondo de las redes, ante la mirada de desesperación de Héctor Ortiz y demás compañeros del equipo. Entre los remoqueos de la escuadra recordamos a “Sí sí”, “Bori” (por alusión al “Boricua” Zárate, a la sazón jugador del DIM), “Carnefría”, los hermanos “Puñoloco”, el mencionado “Incaparina” y “Bilardo”.

Digna de encomio y admiración ha sido la tenaz dedicación de la señorita Lucía Calle Arango, y por ello ha recibido los parabienes y las felicitaciones de muchos universitarios, al optar al título de Profesional en Idiomas Inglés-Francés. Al autor de estas cuartillas le tocó tenerla como alumna en un curso. Lucía llegaba casi sistemáticamente tarde a clase, aduciendo que le tomaba demasiado tiempo subir al cuarto piso del bloque 11. Tal vez por el cansancio o por aridez de la asignatura, no tardaba en quedarse

profundamente dormida. Pero yo sabía cómo hacerla despertar. Simplemente llevaba la clase al terreno religioso y comenzaba a hablar mal —a propósito— del Cristianismo y del Vaticano. Inmediatamente funcionaba el oído biónico de Lucía: sacudía la cabeza, entreabría los ojos, paraba la oreja, y empezaba defender con vehemencia su fe católica y su pontífice.

Antes de finalizar este recuento mencionemos a dos egresados del departamento, quienes laboran con asignaturas distintas a las lenguas extranjeras. El colega Rito Llerena Villalobos, entre otras cosas experto en el folclor vallenato y admirador del acordeonista Alejo Durán, es uno de los más destacados egresados que tuvo el departamento en toda su historia. Más recientemente tenemos a Orlando Monsalve, quien nos cuenta de las peripecias de algunos alumnos, entre ellos Fernando Pérez Builes, con un curso de Conversación dictado por la profesora Merle Anne Roizen. Según Orlando, Merle estableció un sistema de evaluación a la “rebajona” (como se dice en buen antioqueño) que causó verdadera consternación entre el estudiantado. Ante el terror estudiantil y los bajos rendimientos “la mona Mirla” (ahora radicada en Israel) hubo de cambiar el sistema evaluativo.



Una despedida

La anterior es a grandes rasgos la sencilla epopeya del Departamento de Inglés, de Lenguas Modernas, de Idiomas sucesivamente, actualmente convertido en escuela. Es el departamento de John Herbert, impulso generador; de Ricardo, alma y miembro del laboratorio; de Isaías, el amigo entrañable; de Nydia, pionera memorable de la docencia en idiomas; de Manuel Ángel, un fuera de serie; de don Rafael, conocedor excelso tanto del habla de Castilla como de la lengua de Lamartine; de Priscilla, símbolo de abnegación; de Bill, paradigma del maestro; de Bernardo, la chispa siempre encendida; de Eduardo, el animador constante; de tantos otros fieles servidores que hemos mencionado en las páginas precedentes; de un enjambre de secretarias, incansables auxiliares del quehacer cotidiano. Es igualmente el departamento de las fructíferas generaciones surgidas a lo largo de varios lustros. Es la escuela de las nuevas promociones, fuerza del presente y germen del futuro, sangre nueva y revitalizadora que impulsa firmemente la nave hacia puertos seguros de progreso y renovación.

Tal vez, y muy a pesar nuestro, pudieron haberse quedado entre el tintero unos pocos acontecimientos —dignos quizá de

memoria— que infortunadamente no recordamos y que nuestras fuentes tampoco registran en su repertorio de memoranzas. Confiamos, eso sí, en que los sucesos centrales y trascendentales hayan quedado indeleblemente plasmados en este modesto aunque profundamente sentido recuento de los anales de una dependencia que se yergue serena y altiva en el panorama universitario como pionera vital, ejemplo a seguir, entidad única y *sui generis* por sus raíces atávicas, su índole cosmopolita, su inquebrantable voluntad de servicio y progreso, y su colorida historia, acuarela de vivos matices y escenas imborrables e imperecederas.

Febrero de 1995



Marino Castrillón Tangarife

Nació en el barrio Cristóbal de Medellín, el 17 de febrero de 1936. Cursó la primaria en las escuelas Libertadores y Córdoba, ambas desaparecidas. Estudió quinto grado en la Complementaria de la Universidad de Antioquia, llamada Julio César García. Primero y segundo de bachillerato, en un local de la Universidad de Antioquia, llamado “La manga”, en inmediaciones de la Plaza Flórez. Cursó de tercero a sexto de bachillerato en el solariego Edificio de San Ignacio. Estudió Licenciatura en Idiomas en la Facultad de Educación del Alma Máter. Viajó a Estados Unidos, donde obtuvo el título de Máster en Humanidades a finales de 1968. Luego, laboró en Estudios Generales del Departamento de Inglés y fue jefe de dicho departamento entre 1970 y 1975. En 1986 se pensionó. Desde ese año hasta el 2017, se desempeñó como docente de cátedra en la Escuela de Idiomas, orientó los cursos sobre: Raíces griegas y latinas, Historia de la lengua inglesa e Interpretación literaria.

Como reconocimiento a su labor docente en la Escuela de Idiomas, los estudiantes de un curso le hicieron un presente con la leyenda: *The best professor ever*.

ISBNe: 978-958-5526-89-1



9 789585 526891